

PRIVILEGIO Y MERITOCRACIA EN “LA NOCHE DE LOS MEJORES”:

¿LA CARRERA HACIA EL ÉXITO?

MONOGRAFÍA DE INVESTIGACIÓN EN

ESTUDIOS CULTURALES

DEPARTAMENTO DE LENGUAS Y CULTURA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

PRESENTADO POR:

MARIANA VARGAS SERANI

DIRIGIDO POR:

JUAN RICARDO APARICIO CUERVO

MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ RIVADULLA



## TABLA DE CONTENIDOS

### INTRODUCCIÓN

<b>LA CARRERA DE LOS “MEJORES BACHILLERES DE COLOMBIA”</b> .....	1
--	---

### CAPÍTULO I.

<b>PRIVILEGIO: EL PUNTO DE PARTIDA</b> .....	8
--	---

<b>Del privilegio y la teoría: cómo medir el punto de partida</b> .....	8
---	---

Del privilegio positivo o la acumulación de capitales .....	9
---	---

Capital económico .....	10
-------------------------	----

Capital social .....	10
----------------------	----

Capital cultural objetivado e incorporado .....	11
---	----

Capital cultural institucionalizado .....	12
---	----

Del privilegio negativo o las identidades y comunidades marginalizadas .....	12
--	----

Raza .....	12
------------	----

Género .....	13
--------------	----

Orientación sexual .....	13
--------------------------	----

Clase .....	14
-------------	----

<b>De la investigación: dónde se marcó el punto de partida para nuestra población</b> .....	15
---	----

Del privilegio positivo o la acumulación de capitales .....	15
---	----

Capital económico .....	15
-------------------------	----

Capital social .....	16
----------------------	----

Capital cultural objetivado e incorporado .....	18
---	----

Capital cultural institucionalizado .....	19
---	----

Del privilegio negativo o las identidades y comunidades marginalizadas .....	20
--	----

Raza .....	20
------------	----

Género .....	22
--------------	----

Orientación sexual .....	23
--------------------------	----

Clase .....	24
-------------	----

<b>Conclusiones</b> .....	27
---------------------------	----

## **CAPÍTULO II.**

<b>DISCURSO MERITOCRÁTICO: LAS REGLAS DE LA CARRERA .....</b>	<b>30</b>
<b>De la meritocracia y la teoría: las reglas de la carrera .....</b>	<b>30</b>
<b>Del discurso meritocrático y las entrevistas: por qué (dicen que) ganaron la carrera ...</b>	<b>34</b>
Trayectoria reproductiva, presencia del discurso meritocrático .....	36
Trayectoria reproductiva, discurso meritocrático ausente .....	38
Trayectoria mixta o ascendente, discurso meritocrático presente .....	41
Trayectoria mixta, ausencia del discurso meritocrático .....	45
<b>Conclusiones .....</b>	<b>47</b>

## **CONCLUSIONES**

<b>ANÁLISIS DEPORTIVO .....</b>	<b>50</b>
<b>Sorpresas .....</b>	<b>50</b>
Corredores que no creen en las reglas de la carrera .....	50
Consciencia del punto de partida .....	52
Los corredores y sus reglas .....	53
Los corredores .....	55
<b>Inquietudes y posibles aproximaciones .....</b>	<b>56</b>
La pista .....	57
El recorrido .....	61
<b>Resumen y futuras carreras .....</b>	<b>63</b>

<b>ANEXOS .....</b>	<b>66</b>
---------------------	-----------

<b>Notas .....</b>	<b>66</b>
Introducción .....	66
Capítulo I .....	67
Capítulo II .....	73
Conclusiones .....	74

<b>Bibliografía .....</b>	<b>75</b>
---------------------------	-----------

<b>Agradecimientos.....</b>	<b>81</b>
-----------------------------	-----------

## INTRODUCCIÓN

### LA CARRERA DE LOS “MEJORES BACHILLERES DE COLOMBIA”

Bogotá, finales de noviembre del 2015. Universidad de los Andes. Estoy en las últimas semanas de mi primer semestre universitario. Entre las entregas y las reuniones para estudiar antes de los exámenes finales recibo una llamada de un número desconocido. Me invitan a una ceremonia de la que nunca había oído, *la Noche de los Mejores*, el jueves siguiente. Al parecer es un evento organizado por la Presidencia y el Ministerio de Educación que busca reconocer a quienes denominan “los mejores bachilleres de Colombia”, es decir, a quienes obtuvimos los puntajes más altos en la prueba SABER 11. En ese momento recibo la llamada con cierta irritación. Al haber estudiado en un colegio privado y bilingüe con Bachillerato Internacional<sup>1</sup>, y por ende calendario B, realicé dicha prueba hace más de seis meses. El colegio parece lejano y estoy inmersa en mi recién inaugurada experiencia universitaria. Preferiría dejar atrás cualquier cosa que evoque mi época escolar, en que vivía rodeada de compañeros homogéneos en la burbuja de la clase media alta bogotana que, en medio de la diversidad económica, social y cultural que percibo entre aquellos con quienes comparto clases y amistad en la universidad, siento (ingenuamente) superada. Decido que estoy demasiado ocupada con mis exámenes finales y que no voy a asistir, por lo que agradezco la invitación sin confirmar mi asistencia. Más tarde, al llegar de la universidad, me entero de que antes de contactarme al celular llamaron a casa. Mis padres están enterados de la situación y, emocionados por el reconocimiento, han decidido que voy a asistir a la ceremonia.

Bogotá, 3 de diciembre del 2015. Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada. Llego en la mañana al Centro de Convenciones, a unas cuadras del Hotel Tequendama al que hace unos meses todas las personas con las que me gradué llegaban en limusinas, con largos y costosos vestidos de gala, para celebrar el *prom*. Me encuentro con un centenar de jóvenes de todo el país, quienes participan de lo que parece ser una feria universitaria frente a una pared cubierta con nuestros nombres. Reconozco entre ellas varias universidades que ya habían asistido a mi colegio desde hace unos años buscando reclutarnos a mí y a quienes estudiaban conmigo. No solo lo encuentro anacrónico, al estar terminando mi primer semestre universitario, sino tedioso. Mi ropa casual contrasta con la del resto, algunos vestidos de traje y corbata, otras de vestido y tacones, peinados y maquillaje perfectos. Poco después nos llevan a un salón con un escenario que bien podría ser el de unos

premios Oscar o Emmy, frente al cual se extienden fila tras fila de sillas. Nos indican cómo sentarnos, como levantarnos e ir a la tarima cuando nos llamen, cómo saludar al presidente y a la ministra de educación. Mientras tanto, equipos televisivos con cámaras y luces se organizan a nuestro alrededor. Después del almuerzo voy a cambiarme y, al llegar nuevamente al Centro de Convenciones, participo de un gran evento mediático que será transmitido por Señal Colombia y el Canal Institucional. Al final de la ceremonia el entonces presidente Juan Manuel Santos nos informa que “los cincuenta mejores bachilleres del país” tendremos derecho a una beca comparable a Ser Pilo Paga<sup>2</sup>, que cubrirá la totalidad de nuestros estudios de pregrado en cualquier institución de educación superior acreditada del país, así como un subsidio de sostenimiento semestral. Al ver a las personas sentadas a mi alrededor, y a mí misma, me pregunto cuántos de nosotros necesitamos realmente de esta beca para tener acceso a una formación universitaria.

La beca en cuestión, llamada “Mejores Bachilleres del País”, es financiada por el fondo 121867 del Ministerio de Educación Nacional en el ICETEX. Fue creada por el Decreto 1075 de 2015, modificado por el Decreto 2029 de 2015, según el cual se otorgan becas del 100% del valor de la matrícula y una cuota de sostenimiento semestral (con un valor de entre uno y cuatro salarios mínimos mensuales vigentes) durante la carrera a “los mejores estudiantes del último grado de educación media que presentaron el Examen Estado de la Educación Media ICFES SABER 11 o su equivalente.” (Decreto 1075, 2015, Artículo 2.3.8.7.1.1. modificado por el Decreto 2029 de 2015). Si bien los premios de las categorías Departamental y Rural y Urbana solo pueden ser otorgados a estudiantes pertenecientes a estratos socioeconómicos bajos registrados en el SISBEN, los 50 mejores a nivel nacional pueden pertenecer a cualquier estrato socioeconómico y seguir siendo acreedores a la beca y al subsidio de sostenimiento. La “Noche de los Mejores”, el evento descrito anteriormente, también se realizó en el 2016 premiando a “los cincuenta mejores bachilleres del país” una vez más. Este reconocimiento no se mantuvo para los años siguientes, por lo que el total de sus beneficiarios en la categoría Nacional se limita a una centena. Estas personas, los cien “mejores bachilleres de Colombia”, fueron los ganadores de la carrera.

Por supuesto, hablar de carrera en una investigación sobre estudiantes universitarios tiene un doble sentido. Por un lado, evoca su carrera universitaria, aquel programa al que están dedicando algunos años de su vida para obtener un título profesional. Sin embargo, se

puede entender también ‘carrera’ en su acepción más deportiva, como un evento atlético. Este segundo significado se acerca mucho a una visión particular de esta beca, o de cualquier logro o reconocimiento. Los estudiantes galardonados tienen, como cualquier corredor, un punto de partida: aquel lugar desde el que comenzaron a correr para ganar la carrera. Había también una meta, estudiar en una universidad – además, reconocida por su alta calidad – que alcanzaron. Y, como cualquier carrera, esta tenía sus reglas. Al igual que en una carrera gana la primera persona en llegar a la meta, esta beca la ganaron los primeros puntajes en las pruebas SABER. Y del mismo modo que en una carrera se asume que quien tenga el mejor tiempo es el mejor atleta, esta condecoración asumía que los puntajes más altos en estas pruebas indicaban quiénes eran los mejores bachilleres. En efecto, el programa ya descrito busca la meritocracia – pues premia a personas que tengan logros significativos (como un alto puntaje en las pruebas SABER) con mejores oportunidades que las de sus pares (acceder a educación superior de calidad subsidiados por el Estado) – por encima de la equidad. Es llamativo que, en medio de la crítica y estudio constante de programas de becas comparables a éste, e incluso con un mayor componente de equidad, como Ser Pilo Paga, éste no haya sido hasta ahora estudiado o discutido por los medios o la academia del país.

Frente a este silencio, lo primero que me pregunté fue quiénes eran estas personas. ¿Cómo son? ¿Cuál es su historia de vida? ¿Qué realidades y características les permitieron obtener estos resultados? Conozco de primera mano a una beneficiaria de la segunda y última promoción que recibió este reconocimiento: se trata de mi hermana, quien vivió la misma experiencia que yo un año después. Intuía que las respuestas a algunas de mis preguntas estaban ligadas al privilegio. Al tratarse de un reconocimiento académico, el privilegio más evidente es el educativo: el colegio al que ambas asistimos, que nos dio un capital cultural y simbólico considerable. Haber estudiado allí es una pista para llegar a otro privilegio igualmente visible, el capital económico de nuestra familia. Pero veo otros privilegios más sutiles que jugaron un papel en estos logros, como el hecho de ser blancas, hijas de un matrimonio de dos profesionales con posgrado, nacidas y criadas en la capital del país. Incluso aspectos cotidianos de nuestras vidas, como el llegar del colegio a estudiar y nunca a hacer el aseo de la casa o cuidar de hermanos menores, o el contar con espacios de descanso suficientes tanto en la casa como en el transporte privado que nos llevaba y traía del colegio a la puerta de la casa, fueron para mí factores del éxito alcanzado en esas pruebas. ¿Vienen

los otros estudiantes que recibieron este reconocimiento de espacios comparables al nuestro? ¿Su crianza fue similar? ¿Su uso del tiempo libre? ¿Sus colegios y las personas que asistían a ellos eran como el nuestro? ¿Tenían los mismos privilegios que nosotras? En otras palabras, ¿dónde estaba su punto de partida para correr la carrera?

Me pregunté luego cómo reaccionaron a este beneficio. Todavía recuerdo las repetidas discusiones con mis padres a raíz de mi propia reacción. Yo argumentaba que no debía aceptar la beca pues, debido al privilegio que ya mencioné, no necesitábamos del dinero del Estado para financiar mi educación superior. La respuesta de mis padres era, ante todo, meritocrática. Hablaban de mis logros como el resultado lógico de mis esfuerzos, de lo buena estudiante que siempre había sido y de cómo, en resumidas cuentas, *me merecía* que el Estado asumiera los costos de mi educación. Cuando les trataba de explicar cómo esos logros eran resultado de mis circunstancias, de los recursos y capitales a los que la mayoría del país no tiene acceso pero que desde mi infancia hicieron parte de mi cotidiano, ellos insistían en las horas de estudio y la responsabilidad y excelencia académica por las que frecuentemente era reconocida en el colegio. Lo que yo veía como un síntoma de la estructura social, económica y cultural del país y mi posición dentro de la misma era para ellos la consecuencia de decisiones libres e individuales. ¿Cómo se explican las personas que también recibieron este reconocimiento su éxito? ¿Piensan en las situaciones estructurales que escapan su control y que las llevaron a tener mayor acceso a ciertos recursos, como una educación de calidad? ¿Se centran en los méritos y esfuerzos personales que hicieron para obtener estos resultados? ¿Cuáles son las narrativas y discursos de los que se valen para darles sentido? En términos de la carrera, ¿cuáles eran las reglas que alegaban para explicar haber ganado?

Estas preguntas se inscriben en un debate sobre privilegio y meritocracia que se ha llevado a cabo en la academia alrededor del mundo. Para comenzar, la noción de privilegio es controvertida y su definición varía según quien la use. En el caso de este texto, ésta se construye a partir de dos tradiciones. Una de ellas, sociológica, rescata la perspectiva de Pierre Bourdieu en cuanto a diferentes formas de capitales. Desde ella, el privilegio se entenderá como la acumulación de capitales económico, social y cultural (Bourdieu, 1998). La otra tradición proviene del feminismo, en particular del feminismo interseccional. En esta tradición se retoman autoras como Kimberlé Crenshaw y Peggy McIntosh, quienes abordan el privilegio desde categorías identitarias (raza, género, etc.).



La relación entre privilegio y meritocracia es central para esta investigación. Ésta busca insertarse en un debate del que es representativo el autor Shamus Khan con obras como su libro *Privilege: The making of an adolescent elite at St. Paul's School*, o su artículo *Saying Meritocracy and Doing Privilege*. Su visión, congruente con la de varios sectores del activismo interseccional (que, por cuestiones de espacio, no serán directamente abordados en este texto), y muchos otros académicos, es que el discurso meritocrático puede constituir un mecanismo para justificar inicialmente el privilegio de unos pocos, llegando luego a naturalizarlo e incluso invisibilizarlo. Esto se hace, por ejemplo, reemplazando “nuestra común y antigua sospecha del *entitlement*<sup>3</sup> y la molesta sensación de que los ricos tienen éxito solo por quienes son” por un marco de percepción y pensamiento frente a estos éxitos que esté “basado en el mérito”<sup>4</sup>. Al analizar las narrativas y discursos con que “los mejores bachilleres del país” explican este logro, y en particular el uso que hacen del discurso meritocrático, será posible encontrar puntos de encuentro y fuga entre la realidad de estos jóvenes colombianos y la teoría que Khan, entre otros autores, propone.

Estos debates se han visto subrepresentados en la academia colombiana, como se evidencia en la ausencia de producciones académicas colombianas que traten la meritocracia y su relación con el privilegio en el país. Si bien se han dado algunos acercamientos al estudio de la meritocracia, han sido limitados en su producción, distribución y alcance. Por una parte, ninguno de ellos estudia la meritocracia como discurso, uno de los principales aportes de esta investigación a su estudio. Por otro lado, los pocos estudios existentes sobre meritocracia en Colombia no estudian directamente su relación con el privilegio, tal y como pretende hacerlo esta investigación. Además, los estudios sobre privilegio tienden a ser pocos, en especial si se compara su cantidad con la de estudios sobre pobreza. Así, no es solo el estudio de caso el que representa un aporte novedoso a la literatura, por no haber sido estudiado, sino la perspectiva desde la que se aborda esta relación. Las preguntas vagas que me hacía hace unos años, mientras discutía sobre el premio y especulaba sobre las personas que me rodearon esa noche, se han nutrido del contacto con otras investigaciones y otras realidades. Gracias a ellas, esta investigación aborda la relación entre privilegio y discurso meritocrático desde una inquietud por los actores se apropian de este discurso y lo reproducen, entendiendo sus motivaciones y el uso que hacen (o no) del mismo. En suma, busco entender quiénes hacen uso del discurso meritocrático, cómo lo hacen y cómo se relaciona dicho uso con su privilegio.

Para ello, buscaré determinar cualitativamente el privilegio de los sujetos del estudio, así como la presencia e impacto del discurso meritocrático en su imaginario e identidad, comparando la primacía de uno u otro en el discurso de los sujetos.

La población de esta investigación se compuso de estudiantes universitarios de pregrado reconocidos en el 2015 o en el 2016 en la “Noche de los Mejores” en la categoría nacional. Cabe aclarar entonces que esta investigación se trata en principio de un estudio de élite, dados los orígenes y situación social de dichos estudiantes. Sin embargo, busqué introducir una gama de sujetos de estudio tan variada como fuera posible en términos de privilegio, para poder compararlos entre sí y llegar a conclusiones más amplias, que no fueran tautológicas ni redundantes. Por ello, busqué contactar especialmente a estudiantes de universidades o colegios públicos, provenientes de fuera de Bogotá, aunque la mayoría de la población se compone justamente de egresados de colegios de élite de la capital. Por ello, y como se verá a lo largo de la tesis, algunos estudiantes menos privilegiados, excepcionales dentro de la población, están sobrerrepresentados en la muestra. Dicha muestra se compone de veinte miembros de la población de estudio (además de mí), a quienes contacté por medio de sus correos institucionales. En la muestra hay estudiantes de tres universidades acreditadas de alta calidad en Colombia: dos privadas en Bogotá (Universidad de los Andes y Javeriana) y una pública, la Nacional, con entrevistados en las sedes de Bogotá y Medellín.

Para desarrollar esta investigación realicé entrevistas semiestructuradas a profundidad, en lo posible en persona (aunque en tres casos se hicieron por Skype, debido a que los entrevistados no se encontraban en Bogotá) y con una duración promedio de una hora. Éstas abordaron la historia de vida de los entrevistados desde su infancia, familia, crianza y educación, así como sus diversos capitales y experiencias de discriminación e injusticia. A partir de lo anterior se determinó cualitativamente su privilegio, basado en la acumulación de tales capitales y en su pertenencia a grupos dominantes, reflejada en la ausencia o mayor levedad de experiencias de discriminación e injusticia. También se les preguntó sobre el reconocimiento que obtuvieron, a fin de entender sus narrativas y formas de darle sentido a tal situación. Además, esto permitió elicitar el discurso meritocrático, identificable a partir de referencias a “merecer” o “esforzarse” en sus narrativas.

Sin embargo, al tratarse de personas hablando de sí mismas sobre temas de los que no siempre es socialmente aceptado hablar, como el privilegio y los méritos propios, era difícil que hablaran explícitamente de merecer algo. Por ello, a las entrevistas realizadas se les aplicó el análisis crítico del discurso. Este método parte de una concepción del lenguaje como *práctica social* determinada por estructuras sociales, o discurso, que estudia el texto desde su interacción y su contexto, determinantes del discurso concreto. Estas convenciones se aglutinan en series de redes que personifican ideologías particulares, las cuales constriñen el discurso en conjunto con las prácticas (Fairclough, 1989). Mediante el análisis crítico del discurso se buscó interpretar lo que dicen (y lo que no dicen, sea al callarlo o al decirlo de otras formas) los entrevistados, para entender hasta qué punto prevalece el discurso meritocrático incluso cuando no es usado abiertamente. Por ejemplo, cuando se privilegia el esfuerzo propio e individual por encima de las condiciones estructurales en las narraciones de los entrevistados, se entiende que el discurso meritocrático está presente, incluso si no se habla explícitamente de meritocracia o de merecer los reconocimientos obtenidos. De este modo se maximizó la información obtenida a partir de las entrevistas. Esto permite, además, entender partes del discurso que son modificadas o suprimidas, no porque no estén presentes en las creencias y narrativas de los entrevistados, sino porque el mismo contexto de producción del discurso (entrevistas) lleva a que sean reprimidas por el entrevistado.

De este modo, la presente investigación girará alrededor de dos ejes centrales, el privilegio y el discurso meritocrático, de la siguiente manera. En el primer capítulo – *el punto de partida* – se hablará de privilegio, de cómo será entendido y evaluado en este trabajo, cómo se distribuye entre la población estudiada y cómo es percibido por la misma. El segundo capítulo – *las reglas de la carrera* – se consagrará a la meritocracia – y más particularmente al discurso meritocrático – desde su conceptualización y estudio en la presente investigación, y a las formas en que se hace evidente entre los entrevistados. Finalmente, las conclusiones – *análisis deportivo* – profundizarán en los hallazgos de los capítulos anteriores, buscando explicarlos e interpretarlos desde diferentes aproximaciones.

## PRIVILEGIO EL PUNTO DE PARTIDA

“¿Entonces qué es el privilegio para ti?

*Creo que va un poco hacia las oportunidades, el que se te brinden más oportunidades solo por [situaciones] que en realidad no son tu propio mérito (...). Por el hecho de que, por la razón que haya sido, hayas llegado a este espacio ya llevas la mitad de la carrera ganada.”*

Estudiante de sociología

8

Mi primer acercamiento a la Noche de los Mejores, y en particular al premio de los Mejores Bachilleres del País, se dio desde el privilegio. En la introducción narro mis inquietudes al respecto, fruto de experiencias personales y familiares con mi educación, capital económico, raza, contexto nacional centro-periferia y urbano-rural, crianza y cotidianidad. Sin embargo, no había definido ni examinado la noción de *privilegio*, que podría entenderse como el punto de partida en la carrera. Este capítulo se dedicará, en un primer momento, a construir una definición del privilegio a partir de propuestas teóricas previas como herramienta para caracterizarlo en quienes participaron en esta investigación. Aprovecharé esta herramienta en un segundo momento, cuando la definición teórica se aplique al estudio de caso al poner a los sujetos de estudio en perspectiva frente a la realidad colombiana y se contraste con las definiciones, percepciones y experiencias de los mismos individuos al respecto.

### **DEL PRIVILEGIO Y LA TEORÍA: CÓMO MEDIR EL PUNTO DE PARTIDA**

El privilegio ha sido definido principalmente a partir de sus efectos. En su libro *Power, Privilege and Education*, el sociólogo Greg Wiggan explica que: “Tener privilegio confiere dominación y oportunidades que son invisibles e inmerecidas y que son disfrutadas a costa de grupos desfavorecidos”<sup>1</sup> (Wiggan, 2011, p. xii). En esta perspectiva son claves tres puntos. Primero, el acceso desigual a dominio y oportunidades. Éstas constituyen (y son constituidas por) recursos deseables que pueden ser tanto materiales como simbólicos, sin que su carácter simbólico les reste realidad o impida tener un efecto material. Segundo, este acceso desigual a dichos recursos a través del privilegio es invisible para quienes lo tienen, pues dentro del privilegio está la noción de *entitlement*. Al asumir que naturalmente “se tiene derecho” a tales oportunidades, sin tener en cuenta que ellas no están al alcance de toda la población, el *entitlement* hace que esa naturalización invisibilice eventualmente lo desigual del acceso a las mismas. Además de ser invisible, el privilegio no es ganado por los individuos, sino recibido en función de factores que casi siempre escapan su control y les son determinados

por la estructura social en la que nacen. Tercero, las oportunidades y dominación que da el privilegio son disfrutadas por quienes las tienen a costa de grupos desfavorecidos. Al asumir que los recursos a los que se tiene acceso desigual son, además de deseables, limitados, el acaparamiento de ellos por los grupos o individuos privilegiados, o su simple facilidad para adquirirlos, representa una violencia frente a las poblaciones a las que les son limitados.

Ahora bien, este privilegio se puede entender en términos positivos o negativos. Defino el privilegio positivo como la acumulación de bienes, materiales o simbólicos, que son tanto producto como condición del privilegio. Un ejemplo es la educación de calidad, resultado de una serie de condiciones materiales y simbólicas, como el dinero y conocimiento necesarios para acceder a ciertas instituciones educativas, pero también requisito para adquirir otros bienes e, incluso, para mantener y aprovechar algunos ya obtenidos. Para medirlo, me basaré en los diferentes capitales propuestos por el sociólogo Pierre Bourdieu. Lo denomino privilegio positivo pues la acumulación de capitales favorece el acceso de quienes los poseen a los recursos deseados por encima de otros menos favorecidos, como si se empezara la carrera unos metros más adelante que el resto de los competidores.

Por otro lado, hablaré de privilegio negativo para referirme al no pertenecer a los grupos desfavorecidos mencionados por Wiggan. Por ejemplo, no ser una persona negra en una sociedad racista facilita el acceso a determinados espacios, bienes y oportunidades que les son restringidos a quienes comparten esa identidad racial o pertenecen a ella. Sin embargo, la raza es solo una de las diferentes identidades y/o comunidades desfavorecidas en nuestra sociedad. Para entender más a profundidad los diferentes elementos identitarios que entran en juego en esta forma de privilegio me basaré en teorías académicas y activistas. Denomino a esta perspectiva privilegio negativo pues está basada en la ausencia: el no pertenecer a estos grupos marginalizados evita que se enfrenten barreras adicionales para acceder a los recursos deseados, como tener que saltar menos vallas que los otros competidores en la carrera de obstáculos. A continuación, profundizaré teóricamente en ambas perspectivas del privilegio.

### ***Del privilegio positivo o la acumulación de capitales***

Al entender el privilegio como acumulación de capitales, parto de la teoría del sociólogo Pierre Bourdieu que postula que, además del capital económico estudiado por Marx, existen otros tipos de capitales distribuidos desigualmente en la sociedad. Esta distribución es tanto motivación como resultado de la lucha de los diferentes grupos sociales que ella determina

por acceder a recursos limitados.<sup>2</sup> Cuando unas personas se vean favorecidas por encima de otras en dicha distribución diremos que las primeras son *privilegiadas* en términos del *privilegio positivo*. A partir de la distinción que plantea Bourdieu (1986, 1988) entre especies de capital, busco comprender y comparar el privilegio positivo de los sujetos de este estudio. A continuación, describiré con más detalle los capitales económico, social y cultural.

### *Capital económico*

Al pensar en capital, lo más frecuente es pensar en capital económico. Sobre él dice Bourdieu, en su texto *The Forms of Capital*: “el *capital económico* (...) es inmediata y directamente convertible en dinero y puede ser institucionalizado en la forma de derechos de propiedad”<sup>3</sup>. Así, para Bourdieu el capital económico consistiría de bienes materiales, como dinero o muebles e inmuebles que puedan ser objeto de derechos de propiedad. Dado que en nuestra sociedad es frecuente que el acceso a servicios sea garantizado o limitado por el dinero del que se dispone, haber disfrutado (o no) de ciertos servicios también puede indicar el capital económico que se posee. Así, tanto los bienes materiales descritos por Bourdieu como las facilidades a las que se accede mediante la riqueza familiar constituyen el capital económico.

### *Capital social*

El capital social es la segunda de las tres grandes especies de capital propuestas por Bourdieu, definido como el agregado de recursos ligado a una red durable de relaciones (o la membresía a un grupo) que da una credencial a sus miembros para contar con el soporte del capital colectivamente poseído (Bourdieu, 1986)<sup>4</sup>. Así, el capital social se basa en las redes formadas por los individuos, y aumenta a medida que los recursos ligados a aquellos con quienes se mantienen relaciones duraderas lo hacen. La acumulación de capital social depende tanto de la cantidad de relaciones de reconocimiento mutuo que tenga un individuo, como de los recursos, reales o potenciales, que puedan aportar dichas relaciones<sup>5</sup>. Pertenecer a dicha red le garantiza al individuo el apoyo, o la “credencial”, de sus otros miembros, que podrían aportar los capitales compartidos de la red. Es decir, le da crédito, entendido como autoridad o fiabilidad, como darle valor a su palabra e incluso en el sentido monetario. Según tenga mayor o menor capital social, el individuo podrá acceder (o no) a información, favores, obsequios, invitaciones y demás bienes que pueden traducirse en oportunidades, de acuerdo con nuestra definición más amplia de privilegio. De ahí la importancia del capital social.

Una de las funciones del capital social es su rol en la reproducción y acumulación del privilegio positivo al asegurar que las relaciones se mantengan entre personas con capitales económicos y culturales relativamente homogéneos. Así, el capital social depende de los capitales económico y cultural, pues los intercambios que instauran las relaciones en que se basa presuponen un mínimo de homogeneidad objetiva, y así multiplican el capital poseído por derecho propio (Bourdieu, 1986)<sup>6</sup>. Esto se logra, por ejemplo, en términos de modelos de rol. Las personas con quienes se interactúa durante la crianza y etapas formativas influyen en las expectativas que se tienen sobre el futuro, y se constituyen en capital social.

### *Capital cultural objetivado e incorporado*

El capital cultural fue exhaustivamente estudiado por Bourdieu en *La Distinción*. Consiste en una serie de disposiciones inmateriales y simbólicas ligadas a diferentes formas de cultura más o menos “legítima”, es decir, propia de las clases dominantes, y puede ser incorporado, objetivado o institucionalizado. El capital objetivado, ligado a las condiciones materiales de la “alta cultura”, es el más cercano al capital económico y puede convertirse parcialmente a él. La fracción del capital cultural objetivado que no es directamente convertible en capital económico se inscribe en el capital incorporado.

El capital cultural incorporado (*embodied*) es aquel ineludiblemente ligado al cuerpo, y se percibe comúnmente como distinción o refinamiento, como una cierta forma de llevarse por el mundo como si éste le perteneciera. Para adquirirlo es necesaria una inversión no solo económica, sino principalmente de tiempo, y ese proceso no puede ser delegado ni realizado por alguien más. Este tipo de capital cultural no es fácil de medir, pues se expresa ante todo en actitudes y disposiciones tan interiorizadas que son fácilmente naturalizadas. Por ello, Bourdieu propone el tiempo de adquisición del capital cultural como su mejor medida, en particular aquel ligado a la educación doméstica temprana en su relación con las demandas del mercado escolástico. Para él, dicha educación será positiva si constituye tiempo ganado, es decir, una ventaja, o negativa si es tiempo perdido, tanto por no haber sido aprovechado como por el tiempo adicional que requiere corregir sus efectos (1986)<sup>7</sup>. El capital cultural incorporado excede la escolaridad y aumenta con su adquisición temprana. En el seno de una familia con alto capital cultural dicha adquisición comienza con el nacimiento y, además de más extensa, es más interiorizada y naturalizada, al ser en su mayoría inconsciente.

### *Capital cultural institucionalizado*

El último tipo de capital cultural para Bourdieu es el capital cultural institucionalizado: los títulos académicos que tiene un individuo, los diplomas que dan fe del capital cultural que ha adquirido y que le es reconocido por la educación formal. Para Bourdieu, la cualificación académica es un producto de la alquimia social, pues se entiende al diploma como una forma de capital cultural relativamente autónoma frente a su titular e incluso frente al capital social que efectivamente posee en un momento dado del tiempo (1986)<sup>8</sup>. Vemos entonces que este capital es en principio tan inmaterial como el incorporado, y no tendría una existencia independiente de su portador. Sin embargo, al ser evaluado por la institución educativa, se presenta como real, medible y comparable. Al institucionalizarse, es respaldado por el sistema educativo y perdura, objetivado, sin depender de su portador ni de los cambios posteriores de su capital cultural real. Este capital es entendido por Bourdieu como “capital escolar (medido por las titulaciones obtenidas)” (Bourdieu, 1988, p.11).

### *Del privilegio negativo o las identidades y comunidades marginalizadas*

Al inicio del capítulo sugerí el término privilegio negativo: el privilegio de no pertenecer a identidades o comunidades oprimidas. Pertenecer a uno de estos grupos desfavorecidos limita el acceso a bienes y oportunidades, por lo que el no pertenecer a ellos representa una ventaja, un obstáculo menos a superar en la lucha por acceder a recursos materiales y simbólicos. Además, este privilegio suele ser invisible para aquellos que lo poseen, contrario a la opresión que es más fácilmente percibida por quienes la padecen. Al estar ligado a la identidad, el privilegio negativo va ligado también a la idea de performatividad: “una expectativa que acaba produciendo el fenómeno mismo que anticipa” (Butler, 2007, p. 17). A partir de diversas teorías que estudian diferentes formas de dominación y opresión en nuestra sociedad me centraré en las categorías performativas de raza, género, orientación sexual y clase.

### *Raza*

La categoría de raza es central para las teorías de la decolonización. Gracias a diversos estudios se sabe que esta categoría no se basa en características realmente biológicas, aunque haya sido justificada por la biología. A partir de estas diferencias que se pretendían naturales se instauró en Colombia, al igual que en el resto de América, una jerarquía racial. Así lo explica Aníbal Quijano en *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*:



En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. (...) los pueblos conquistados y dominados fueron situados en una posición natural de inferioridad y, en consecuencia, sus rasgos fenotípicos, así como sus descubrimientos mentales y culturales. De ese modo, raza se convirtió en el primer criterio fundamental para la distribución de la población mundial en los rangos, lugares y roles en la estructura de poder de la nueva sociedad. (Quijano, 2000, p. 203)

Los efectos de esta construcción moderna y colonial se mantienen hasta nuestros días. Nuestra sociedad ve a las personas blancas como bellas, capaces, inteligentes o simplemente superiores, mientras que personas con otros fenotipos son excluidas de los espacios de poder. Hasta el día de hoy en Colombia las categorías de raza y clase se superponen frecuentemente, y hay en particular una sobrerrepresentación de las personas negras en las clases sociales más desfavorecidas (Viveros & Gil, 2010, p. 101) En este marco, ser una persona blanca o, como es común denominarse en Colombia, mestiza, es un privilegio en tanto no se debe lidiar con las barreras estructurales fruto de la colonización que presenta el racismo en nuestra sociedad.

### *Género*

La categoría de género es al feminismo lo que la raza a los estudios decoloniales. Al igual que ella, el género es una construcción social que intentó justificarse biológicamente a partir de diferencias sexuales<sup>9</sup> y, como tal, ha sido naturalizada. Sin embargo, como ya vimos con la raza, el que el género sea una construcción social, y no el fruto de la biología ni algo natural, no impide que tenga efectos reales en las personas. La antropóloga mexicana Marta Lamas lo explica en su ensayo *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría "género"*:

La cultura marca a los seres humanos con el género y éste marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano. La lógica del género es una lógica de poder, de dominación (...), la forma paradigmática de violencia simbólica (...) que se ejerce sobre un agente social con su complicidad o consentimiento. (Lamas, 2013, pp. 344-345)

En el caso del género, el agente social oprimido por excelencia es la mujer. Históricamente relegada a la esfera privada, a la sumisión y a la alteridad, la mujer se entiende como "lo Otro" frente al hombre, que es "lo Uno, lo Absoluto" (Beauvoir, 1977). Sin embargo, dentro de la categoría de género existen otras identidades oprimidas, como *trans*, *agénero* y *no-binario*, que escapan a la dualidad hombre-mujer. Así, los hombres cisgénero<sup>10</sup> son privilegiados en tanto su identidad de género no es violentada de forma simbólica (y física), como sí lo son las identidades de género femeninas y aquellas que escapan del sistema de género binario.

### *Orientación sexual*

Ligada al género está otra categoría, la orientación sexual. Si bien son categorías diferentes, pues la identidad de género es independiente del género de las personas por quienes se siente

atracción sexual y romántica, ambas están regidas por el mismo sistema: la heteronorma. Ésta determina una relación normativa y unívoca entre sexo (pretendidamente biológico), género (identitario, binario y determinado por el sexo) y deseo (heterosexual y basado en la noción de opuestos). En palabras de Butler, “Instituir una heterosexualidad obligatoria y naturalizada requiere y reglamenta al género como una relación binaria en la que el término masculino se distingue del femenino, y esta diferenciación se consigue mediante las prácticas del deseo heterosexual.” (Butler, 2007, p. 81). Así, quienes sentimos atracción por personas con género no “opuesto” al nuestro (hombres que aman hombres, mujeres que aman mujeres, o personas que aman personas cuyos géneros no son binarios) escapamos a la heteronorma. Esto implica una penalización social, discriminación y violencia que limitan nuestras oportunidades.

### *Clase*

Desde el privilegio positivo se estudia la clase social “objetiva” de los individuos medida a partir de variables externas: sus capitales acumulados. Pero existe también otra visión de clase “subjetiva”: la clase social con la que se identifican los sujetos. En su libro *The Making of the English Working Class*, Edward Palmer Thompson explica que la clase sucede cuando algunos hombres articulan la identidad de sus intereses entre sí y en oposición a la de hombres con otros intereses, como resultado de experiencias heredadas o compartidas y relaciones productivas dentro de las que se nace o a las que se entra involuntariamente<sup>11</sup>. Así, la clase se entiende como una identidad, una experiencia. Al ser producto de situaciones que escapan al control del individuo, se puede creer que se nace como miembro de una determinada clase social, es decir, se naturaliza. Sin embargo, la clase es construida socialmente, por lo que las características y definiciones que se le atribuyen son artificiales y simbólicas, aunque sus efectos sean reales y tangibles. La clase social autopercebida, al igual que aquella que otros atribuyen a partir de estereotipos de clase, puede limitar el acceso a oportunidades o eliminar barreras estructurales para alcanzarlas. Esto se debe a que, al ser performativa, muchas veces las barreras de clase se ejercen a partir de apariencias y comportamientos que se relacionan con el imaginario de cierta clase social, y no a partir de una revisión de capitales acumulados que den cuenta de la clase “objetiva”. Es así que se puede entender la clase social con la que se identifica, o que performa, un individuo como privilegio negativo. En la siguiente sección del capítulo aplicaremos las definiciones teóricas ya esbozadas a esta investigación, para así medir el privilegio de la población estudiada.

## **DE LA INVESTIGACIÓN: DÓNDE SE MARCÓ EL PUNTO DE PARTIDA PARA NUESTRA POBLACIÓN**

Las definiciones teóricas que hemos construido son útiles en tanto nos guían en nuestra búsqueda por entender y caracterizar del privilegio. Así, cobran sentido en las situaciones y narrativas de los “Mejores Bachilleres”, población de nuestra investigación. En este segundo momento del capítulo identificaremos, a partir de dichas definiciones, los distintos elementos que componen el privilegio en las narrativas de nuestra muestra, así como en la población total del estudio cuando sea posible. Además, estas experiencias serán comparadas con la realidad de la sociedad colombiana para situar a los individuos en su contexto más amplio: como en la pista de carreras, solo se sabe si el punto de partida es ventajoso si se le compara con el de los demás competidores. En ocasiones, para hacerlo será necesario adaptar las definiciones anteriores, o centrarse en uno de sus aspectos por encima de los otros, para poder así explicar el privilegio de los sujetos de estudio a partir de los datos de que disponemos.

### ***Del privilegio positivo o la acumulación de capitales***

#### *Capital económico*

Si entendemos el capital económico únicamente como la riqueza de la familia, es imposible medirlo directamente con la metodología de mi investigación, pues en las entrevistas no se abordaron preguntas explícitas ni cuantitativas sobre el dinero ni los bienes materiales que los entrevistados poseían. Sin embargo, sí se les preguntó sobre su lugar de vivienda, la cual se relaciona directamente con un bien material inmueble objeto de derechos de propiedad. Así, solo una de las veintiún personas que componemos la muestra estudiada dijo que su familia no es dueña de la casa en la que viven, mientras que once de nosotras afirmamos vivir en casa propia<sup>12</sup>, lo que daría cuenta del capital económico institucionalizado de nuestras familias si lo medimos, como Bourdieu, por títulos de propiedad. Sin embargo, debido a los asentamientos informales que hacen parte de la realidad colombiana, el ser dueño de una vivienda no siempre garantiza un elevado capital económico. En este contexto, es más diciente el que dieciséis de nosotros habitemos en barrios de estrato socioeconómico 4, 5 o 6 y que todos tengamos acceso a servicios públicos. Si además sabemos que en Colombia “existen serios problemas de calidad habitacional hacinamiento y deficiencia en acceso a servicios públicos” (Clavijo, Janna y Muñoz, 2005, p. 147), queda claro lo privilegiada que es la situación económica de nuestros sujetos de estudio respecto al país.

Sabemos además que en Colombia “los estudiantes de estrato alto asisten a colegios con matrículas elevadas y son estas instituciones las que obtienen un mejor rendimiento escolar” (García, Espinosa, Jiménez, & Parra, 2013, p. 57), por lo que la educación de alta calidad es uno de los servicios a los que se puede acceder en función del capital económico. Así, los colegios a los que asistieron los miembros de nuestra población de estudio constituyen también un proxy del capital económico con el que contaron durante su crianza. En primer lugar, solo cuatro de los Mejores Bachilleres del 2015, y ninguno del 2016, asistieron a instituciones públicas. La norma es que los miembros de esta población asistan a colegios privados, lo que implica que su familia cuenta con un capital económico suficiente para pagar por su educación. Si además tenemos en cuenta que 53 de los 71 colegios a los que asistieron estos individuos son bilingües y 42 son calendario B (Ministerio de Educación Nacional, 2015b, 2015a, 2016), los costos para las familias aumentan. De hecho, de los once entrevistados que mencionaron el costo de sus colegios, ocho debían pagar más de un millón de pesos al mes en su colegio, y solo dos pagaban menos de un salario mínimo mensual vigente en la época en que asistía al colegio (además de los dos entrevistados que asistieron a colegios públicos). Solo tres de los entrevistados que asistieron a colegios privados no describieron a su colegio, directa o indirectamente, como “caro”. Todo ello da muestra de su capacidad adquisitiva, es decir, de su capital económico. Estos datos, puestos en el contexto del país, indican hasta qué punto el nivel socioeconómico de las familias determina el acceso a una educación de calidad en Colombia<sup>13</sup>. Así, los colegios a los que asistieron los “Mejores Bachilleres” sugieren lo elevado de su capital económico al ser comparado con el contexto del país.

### *Capital social*

Si bien la definición teórica del capital social abarca toda la red de relaciones durables de un individuo, esta noción más amplia del mismo no es de mucha utilidad para mi investigación debido a que las entrevistas no permiten dar cuenta de todas las relaciones de los sujetos de estudio. Sin embargo, la función reproductora del capital social que se cumple, por ejemplo, mediante los modelos de rol y las expectativas que estos generan puede ser una forma de medir dicho capital. En mi investigación, vi la influencia de esta manifestación del capital social en la expectativa de obtener un título profesional. Al ser interrogada sobre el momento en que decidió que quería ir a la universidad, solo una persona dijo que había sido una

decisión tomada en el bachillerato. Para las otras veinte personas de la muestra, asistir a la universidad era un dado desde la infancia, un paso lógico e indubitable, pues en su círculo siempre había sido así. En palabras de un estudiante de derecho en una universidad privada:

Siempre estaba esa meta en mi mente. Supongo que de muy chiquito (...) yo siempre fui creciendo como "¿qué voy a estudiar?" o "¿qué quiero ser?". Y fui cambiando muchas cosas, quería ser arquitecto, quería ser historiador, quería ser economista; al final me decidí por derecho (...). En mi familia hay muchos abogados. Mis hermanas mayores (...) una de ellas es abogada y también es de [esta universidad], y al final también me decidí un poco por acá precisamente por esto: a uno se le abren muchas puertas. Gracias a dios, mi abuelo dejó pagada mi universidad con un seguro. El papá de mi papá, pues que sí era un hombre bastante rico, cuando murió entonces su herencia fue esa. Y pues sí, yo siempre tenía como una meta, voy a estudiar algo, no sé qué, me gustan muchas cosas, pero voy a estudiar algo.

Al igual que este estudiante de derecho, dieciocho personas de la muestra dimos por sentado que asistiríamos a la universidad desde siempre. Solo dos personas de la muestra no tienen ningún padre con estudios profesionales, y en estos casos uno de los padres estaba terminando su pregrado al momento de la entrevista y el otro hizo carrera militar hasta el grado de sargento primero. Ambos afirmaron saber que irían a la universidad desde su infancia. Todos los hermanos mayores de los entrevistados habían realizado también estudios profesionales. Incluso más, solo cuatro de las veintinueve personas de la muestra no tienen en su núcleo familiar inmediato a alguien con estudios de posgrado. Los amigos más cercanos de todos nosotros asisten también a la universidad: la única persona que dijo haber decidido ir a la universidad en bachillerato lo hizo al ver que los hermanos mayores de todos sus amigos iban a la universidad (a pesar de que su padre cuenta con un título de maestría). Estas amistades se deben en parte a los colegios que, como vimos en la sección anterior, en Colombia son muy homogéneos en términos de clase. Nuestro capital social apuntaba desde la más temprana edad a una educación universitaria, pues esta era la norma en nuestro entorno familiar, académico y de amistad. Además, este capital ponía a disposición de muchos de nosotros recursos materiales, como la herencia del abuelo del estudiante de derecho, e inmateriales, como la información que ofreció su hermana respecto a la carrera y la universidad. Al movilizarse estos recursos en distintos círculos, el efecto del capital social se multiplica.

Sin embargo, la realidad de estos jóvenes dista de la norma en la sociedad colombiana. Los datos de la Gran Encuesta Integrada de Hogares del 2017 sobre la población profesional del país<sup>14</sup> son significativos en mostrar nuestro privilegio positivo en términos del capital social acumulado a partir de una de sus facetas: la probabilidad (para nosotros, el hecho) de

contar con profesionales en nuestro círculo inmediato. Esto contribuye a naturalizar nuestro acceso a educación universitaria de calidad, tal y como lo estamos haciendo en este momento. El capital social en estos casos puede ser entendido como una profecía auto cumplida.

### *Capital cultural objetivado e incorporado*

Recordemos que el capital cultural incorporado se puede medir, según Bourdieu, a partir del tiempo invertido en su adquisición. Para ello se incluyeron preguntas en las entrevistas relacionadas con los pasatiempos de los sujetos y su empleo del tiempo libre, tanto en la actualidad como en su infancia. Esto da cuenta de sus saberes no formales, no necesariamente adquiridos en una institución académica, pero implícitamente valorados en los mercados escolásticos y laborales. Así, todas las personas de la muestra reportamos una amplia variedad de actividades que abarcaban deportes, música, artes e idiomas. Algunos de los deportes mencionados en las entrevistas, como equitación (con tres practicantes), tenis (con cuatro) o kite surf y golf (un practicante en cada caso), dan cuenta también del capital cultural objetivado, en tanto los implementos necesarios para practicarlos no solo son costosos, sino que se relacionan con la cultura de las clases dominantes. Otras actividades, como el ajedrez (mencionado por dos personas) o el modelo de naciones unidas (con tres participantes) se asocian con un imaginario de alta cultura, y otorgan habilidades como estrategia y oratoria. Sabemos que no hay una correspondencia directa, ni necesaria, entre estas prácticas y la clase a la que se pertenece. Sin embargo, al asociarlas con las clases dominantes, el imaginario colectivo contribuye a hacerlas deseables y valoradas, implícita y a veces inconscientemente, en los mercados laboral y académico.

Cabe destacar que casi dos tercios de las personas de la muestra explicitaron el rol de sus padres en la práctica de sus pasatiempos. El discurso de una galardonada que estudia economía en una universidad privada da cuenta de ello:

Iba a Kumon y como que siempre [mis papás] me empujaron a que yo estuviera en extracurriculares. (...) Estábamos en el club aquí en Bogotá, entonces yo los fines de semana iba. Entonces de verdad lo intenté todo, o sea, estuve en natación, estuve en golf, estuve en tenis, *basketball*, o sea, todo (...) También estuve en clases de piano en una academia.

En este testimonio encontramos, por un lado, una práctica insignia del capital cultural objetivado (que también expande y reproduce el capital social): pertenecer a un club social. También se mencionan actividades, como tenis, golf y piano, que indican el capital cultural objetivado. Sin embargo, es aún más llamativo notar hasta qué punto los saberes no formales

son cultivados por los padres de los entrevistados. Esto da fe de una inversión intencional de recursos, tanto de tiempo como de dinero, en la llamada formación integral de los hijos, lo que evidencia que el capital cultural incorporado no es natural, sino adquirido y naturalizado.

El afán por inculcar dichos saberes, y el capital cultural que conllevan, coincide con los valores que buscaban impartir en su crianza. De hecho, la descripción de la crianza de once de los entrevistados se enmarca a la perfección en lo que Annette Laureau denomina *cultivo concertado*: una crianza en que los padres ven a sus hijos como proyectos que deben nutrir al generarles espacios de crecimiento dentro y fuera del hogar, con un fuerte énfasis en actividades extracurriculares. Esto genera, además, un fuerte sentido de independencia e identidad, que según Laureau pone a los hijos de clases altas en posiciones privilegiadas dentro y fuera del ambiente escolar. A este estilo de crianza se contraponen el *crecimiento natural*, presente en uno solo de mis entrevistados, que Laureau considera más afín a las clases trabajadoras. En ella los padres confían el desarrollo de sus hijos a las autoridades escolares, por lo que les exigen ante todo obediencia y respeto a la autoridad, más que tratar de orientarlos en su uso del tiempo libre (2003). Si bien no hay garantías de lo generalizable de esta aproximación teórica a toda la realidad colombiana, especialmente dado que los hijos de clases obreras y populares deben desarrollar una autonomía diferente (“cuidarse solos”), sí nos permite situar la crianza de nuestra muestra en el contexto nacional. Así, a partir de los datos de la sexta ola de la *World Values Survey*, realizada en Colombia en el 2012, sobre las cualidades que se consideran importantes en un niño (notablemente la independencia y la obediencia)<sup>15</sup> podemos ver hasta qué punto nuestra población fue privilegiada en términos de capital cultural incorporado frente al promedio nacional.

#### *Capital cultural institucionalizado*

Recordemos que para Bourdieu el capital escolar se mide por las titulaciones obtenidas. En mi investigación esta medida solo es útil en tanto algunos de los colegios a los que asistieron los galardonados en la Noche de los Mejores ofrecen dobles titulaciones: títulos de bachiller reconocidos fuera del país, además del título de bachilleres colombianos. Casi la mitad de los “Mejores Bachilleres del País” asistió a un colegio que ofrecía uno de estos diplomas, colegios que representan más del 40% de aquellos a los que asistió nuestra población de estudio (Ministerio de Educación Nacional, 2015b, 2016). Todos los colegios que ofrecen este tipo de títulos en Colombia son privados, y representan menos del 0,5%<sup>16</sup> de los 22,530

colegios registrados por el Ministerio de Educación Nacional (2017). Esto da cuenta del inmenso privilegio de que gozó buena parte de esta población en términos de capital escolar, pues menos del 1% de los bachilleres colombianos accede a más de un diploma al concluir su educación media.

Sin embargo, al ser todos estudiantes de pregrado, el capital escolar no es significativo ni comparable. Por ende, busco medir el capital cultural institucionalizado en términos cualitativos, basándome en aspectos como los conocimientos formales adquiridos en el colegio que representan una ventaja en los estudios universitarios. De esto da fe una entrevistada que estudia ingeniería industrial en una universidad privada:

El colegio del que me gradué es un buen colegio, uno sale muy preparado y no todo el mundo tiene esa misma oportunidad. Uno lo nota por ejemplo ahorita en la universidad, muchas cosas que se le facilitan a uno porque viene con buenas bases del colegio, que a otras personas les cuesta mucho más (...). Y luego en la universidad eso se ve reflejado porque o no puedes entrar a la universidad que quisieras o te cuesta mucho, terminas por abandonarlo.

Para la mayoría de la muestra ha sido fácil entrar a la universidad y mantener un alto nivel académico en nuestro paso por ella, lo que, según Barragán y Patiño, daría cuenta de un alto capital escolar (Barragán & Patiño, 2013)<sup>17</sup>. Así, más que los títulos obtenidos, la calidad de la educación previa de los “Mejores Bachilleres” indica su capital cultural institucionalizado.

### ***Del privilegio negativo o las identidades y comunidades marginalizadas***

#### ***Raza***

Como vimos en la sección teórica, en Colombia es un privilegio no pertenecer a las llamadas minorías étnicas, es decir, ser *blanca* o *mestiza*. En un acto problemático decidí dar cuenta de la “raza” de todos los “Mejores Bachilleres” sin basarme en su autoidentificación étnica o racial. Esto por dos razones. La primera es práctica: no era posible entrevistar a las cien personas galardonadas para saber cómo se identifican racialmente. La segunda es más teórica, y parte del libro de Edward Telles *Pigmentocracies: Ethnicity, Race and Color in Latin America*. En él, Telles arguye que el racismo está determinado más por cómo las personas son leídas racialmente por quienes las rodean que por la etnia o raza con que se identifican (2014). Así, a partir de las fotos del evento (Ministerio de Educación Nacional, 2015a, 2016), intento categorizar racialmente a los galardonados con base en sus fenotipos y, sobre todo, en el color de su piel. No resultará sorprendente que todos ellos sean blancos o mestizos “claros”. Difícilmente alguna de estas personas sufriría por racismo, sobre todo en Colombia.



Sin embargo, y aunque ningún entrevistado se identificó como perteneciente a una minoría étnica ni racial, dos personas se sintieron discriminadas por su color de piel fuera del país. Así lo narra una de ellas, estudiante de ingeniería industrial en una universidad privada:

Yo soy muy blanca, muy blanca, y uno generalmente tiende a pensar que la discriminación es contra los negros, y no. Yo una vez estaba en Montreal, en un Carnaval jamaquino. Yo no conocía Montreal y estaba con mis amigos, y pues estaban ocupando la calle principal, entonces cuando tú no conoces, tú te quedas medianamente y dices "Okay, por acá no me pierdo". Yo estaba buscando un lugar para almorzar porque no había almorzado, y casi me linchan, y comenzaron a gritar, a señalarme que me tenía que salir. O sea, horrible, horrible, de verdad esas mujeres casi me pegan porque yo no era negra. Me tocó salirme, esperar a que pasaran para volver a meterme a la calle, para poder buscar un sitio para almorzar.

El que esta haya sido la única experiencia de trato diferencial basada en la raza narrada es muy significativo. Primero, porque ella inicia su relato al identificarse (y enfatizarse) como persona blanca, lo que da fe de la consciencia que tiene de su "raza". Inmediatamente después narra una experiencia negativa que retrata a personas negras como discriminantes y agresivas, lo que coincide con una lectura propia del eurocentrismo como sistema que organiza y da sentido a nuestra sociedad (Quijano, 2000). Además, equipara un suceso aislado en el que un grupo de personas negras le reclama por invadir su espacio propio de celebración identitaria con el racismo estructural que afecta negativamente la misma existencia de estos individuos.

No sobra notar el contexto en el que se da la interacción: una joven blanca colombiana viaja a Canadá (lo que puede indicar su clase social) y reclama por ser excluida de espacios propios de habitantes negros del país que visita. Este es un retrato del *entitlement* mencionado a inicios del capítulo. Cuando se es la norma, en este caso por color de piel, el acceso libre a cualquier espacio que se desee no es visto como privilegio, sino que se da por sentado. En el momento en que hay un espacio que le es restringido, la reacción automática es sentir que se le está quitando algo a lo que *naturalmente* tiene derecho. Sin embargo, las poblaciones racialmente discriminadas no tienen acceso a una gran variedad de espacios, y esto parece invisible para la joven entrevistada. Parte del privilegio negativo, en este caso racial, es justamente esto: no percibir todas las barreras que enfrentan las poblaciones racialmente discriminadas en su cotidianidad y que, para las personas blancas, son inexistentes. Al explorar algunas de las barreras que enfrentan miembros de minorías étnicas en nuestro país, como la desigualdad socioeconómica y el acceso a la educación<sup>18</sup> es innegable la vigencia del eurocentrismo y la desigualdad racial que éste supone en nuestra sociedad.

## *Género*

Aunque vimos cómo el ser mujer en nuestra sociedad impone una serie de barreras, el género parece jugar un papel menos determinante en nuestra población de estudio que la raza, sin dejar de tener influencia. En efecto, y repitiendo el cuestionable acto de suponer su identidad sin basarme en la autoidentificación, busqué identificar el género de los 100 individuos que componen mi población de estudio a partir de sus nombres. El 34% de los galardonados, cerca de un tercio, somos mujeres (34%) (Ministerio de Educación Nacional, 2015a, 2016). La desigualdad es clara: los hombres prácticamente duplican a las mujeres en la ceremonia. Esta proporción, que sería de esperar a partir de teorías feministas como las usadas en nuestra definición del género, no es tan intuitiva al comparar con cifras colombianas. En efecto, la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) del 2015 indica que las mujeres tienden a ser más educadas que los hombres en Colombia<sup>19</sup>. Sin embargo, los años de estudio no parecen corresponderse con los resultados en pruebas estandarizadas<sup>20</sup> y, pese a ser mejor educadas, las mujeres ganan menos que los hombres<sup>21</sup>. Esto demuestra hasta qué punto se exige mayor esfuerzo de las mujeres para conseguir los mismos resultados que los hombres (incluso menores) en la esfera pública, sea en términos laborales o educativos.

Aun así, solo un cuarto de las entrevistadas dijo sentir discriminación por su género. Una de ellas habla del machismo en su familia. Otra, estudiante de ingeniería química en una universidad privada, siente que su profesor de mecánica “se la tiene montada” al ser mujer en una clase donde predominan los hombres. Ambas se sienten discriminadas porque se cree que “las mujeres son menos aptas que los hombres” (estudiante de psicología, universidad privada), lo que reafirma que a las mujeres se les exige más esfuerzo que a sus contrapartes masculinas, pues no se espera encontrarlas en ciertas esferas. Aun así, para un tres de los doce hombres entrevistados, las acciones afirmativas para mujeres pueden ser discriminación de género. Un estudiante de derecho en una universidad privada, el único que afirmó haberse sentido directamente discriminado por su género, relata:

En sistemas hay grupos específicamente orientados a mujeres, y no está bien. Yo entiendo que hay menos mujeres en las carreras STEM. Pero yo no veo la barrera estructural o una condición de desigualdad que genere que se les dé eso a ellas. (...) Yo nunca he visto ninguna discriminación, ninguna barrera de acceso, ningún favorecimiento hacia ninguno de los dos grupos. Me parece que esta discriminación positiva que en otros contextos se validaría, aquí está jalado de los cabellos. No cumple esas funciones, es simplemente una discriminación.

Nos encontramos con un caso comparable al relato sobre la raza. Un hombre cisgénero, que en la sociedad occidental ha sido históricamente privilegiado y naturalizado como el sujeto por excelencia, se siente discriminado al verse excluido de uno de los espacios que considera le pertenecen por derecho, pues siempre ha tenido acceso a ellos. Lo interesante es que este sujeto es consciente de la desigualdad en cierta medida, pues reconoce que en la carrera que describe no hay muchas mujeres. Aun así, insiste en que simplemente no ve la discriminación, reafirmando hasta qué punto el estar en una posición de privilegio negativo puede llevar a invisibilizar las opresiones que experimentan los grupos desfavorecidos de esta forma. Esta invisibilización también se ve en la violencia de género, a la cuál ningún entrevistado (mujer u hombre) hizo referencia, a pesar de que, como lo muestran las estadísticas<sup>22</sup>, son casos comunes en la sociedad colombiana. Esto da fe tanto del sexismo y machismo mantenidos en Colombia como del privilegio de las mujeres en la muestra.

### *Orientación sexual*

Esta es una categoría en principio invisible, pues solo es posible saber si alguien es o no heterosexual si la persona se identifica como tal. Ni siquiera la(s) persona(s) con quien(es) mantiene relaciones sexo-afectivas son indicadores infalibles de la orientación sexual. Los comportamientos, ademanes y corporalidades que se identifican con orientaciones sexuales diversas son, en realidad, expresiones de género independientes de la orientación sexual. Así, resulta imposible determinar cuántas personas LGB fueron premiadas en la Noche de los Mejores. Sin embargo, podemos hablar de nuestra muestra. De las nueve mujeres que la componemos, cuatro (dos premiadas en el 2016, dos en el 2015) no nos identificamos como heterosexuales, mientras que los doce entrevistados se identificaron como tal. Al preguntar si habían sentido un trato diferente por su orientación sexual solo una de las entrevistadas, estudiante de microbiología en una universidad privada, respondió afirmativamente:

Con mi mamá siempre ha sido muy difícil en el sentido de que ella critica mucho la pareja que yo tenga, sea del género que sea. Pero en este momento tal vez le sea un poco más fácil aceptarlo porque *al menos no es una vieja*. Pero pues yo estoy haciendo que lo acepte por lo que es y no porque no es una vieja. (...) A mi mamá al principio le dio muy duro. Dijo ‘no, pero ¿tú estás segura? ¿Es en serio? Yo no entiendo cómo puedes sentir eso’.

En este testimonio se ve reflejada la penalización social que implica el no acogerse por completo a la heteronorma. Inicialmente se muestra cómo ciertas parejas son o no aceptadas según su género, pues se acepta a la pareja de la entrevistada justamente por no ser mujer.

Esto es particularmente evidente en el caso de personas bisexuales o afines, pues vemos cómo algunas de nuestras parejas son rechazadas y otras no por su género, y cómo el trato que nosotras mismas recibimos varía según nos presentemos con parejas del “género opuesto” o no. Otro aspecto clave es la incompreensión: no poder entender a un sujeto que escapa de la heteronorma pues rompe con la limitada y limitante matriz de sentido que ésta impone. Todos estos aspectos confluyen en una violencia psicológica que, aunque no siempre se percibe así por quienes la ejercen, podría explicar la propensión de la población LGB a tener problemas de salud mental. En efecto, se sabe que “tales problemas de salud mental se asocian a las distintas formas de opresión social” (Pineda, 2013, p.222), lo que coincide con nuestra muestra: las dos personas que reportamos haber sido discriminadas por nuestra orientación sexual también compartimos haber tenido problemas de salud mental. Sin embargo, ninguna de las personas de la muestra reportó haber sufrido ningún tipo de violencia física por su orientación sexual, lo que contrasta con el escenario colombiano<sup>23</sup>. Esto muestra la posición relativamente privilegiada de las personas con sexualidad diversa en la muestra, pues ninguna de nosotras ha sido agredida físicamente ni amenazada por su orientación sexual, incluso habiendo sufrido de violencia simbólica y psicológica por la misma razón.

### *Clase*

Desde la definición teórica de clase subjetiva sabemos que ésta es definida por los propios sujetos, por lo que solo puedo partir de cómo se autoidentifican. Para ello me baso en las respuestas de los entrevistados a la pregunta sobre la clase social a la que pertenecen y por qué, así como en sus perspectivas al describir las otras clases sociales que, a su parecer, existen. El contexto nacional en el cual se inscriben ya fue abordado en la primera parte del capítulo y se sabe que estas mediciones de clase social tienden a basarse más en una idea de clase “objetiva” que “subjetiva” en los términos que aquí manejamos, por lo que explorarlo nuevamente resultaría redundante. Es de resaltar que, a pesar de que en la primera parte del capítulo habríamos identificado a gran parte de nuestra población como perteneciente a la clase alta, únicamente cuatro de los veinte entrevistados se identificaron como tal. Siete de ellos se identificaron como clase media alta y otros siete como clase media. Solo un entrevistado se identificó como proletario, dudando entre las clase media y baja. Al explorar las experiencias y percepciones de cada uno de estos grupos espero entender mejor cómo se construye la idea de clase subjetiva, o autoidentificada.

Todos los entrevistados que se identificaron como de clase alta estudian en los Andes, la universidad más costosa del país. Tres de ellos habitan la zona más exclusiva, y dos de ellos afirman haber estudiado en uno de los colegios más caros, de su ciudad de origen. Aunque uno de ellos no asistió a un colegio internacional, todos estudiaron en colegios privados y bilingües de renombre. Las carreras que estudian son de prestigio – economía y derecho – o están orientadas a otorgar gran poder adquisitivo – ingeniería química e industrial. Sin embargo, más que esta caracterización nos interesan las narrativas de estas personas para explicar por qué se identifican con esta clase social. Ya que la clase subjetiva se construye en oposición a otras clases, no sorprende que todas estas personas se identificaran como clase alta comparándose con personas menos privilegiadas. De hecho, dos de ellos especificaron ser clase alta “en comparación con el resto de Colombia”. Estas palabras son de un estudiante de ingeniería química que, por el trabajo de su padre, ha tenido contacto con comunidades indígenas y afrodescendientes del Pacífico colombiano desde su infancia. La otra persona que se comparó explícitamente con el contexto colombiano afirma ser de clase alta “porque estudiando [economía] me he dado cuenta de las diferencias. Muchas de las cosas que yo tuve, muchas personas no tienen acceso”. Así, vemos como la experiencia teórica o práctica de la desigualdad que existe en Colombia moldea la percepción de la propia clase.

Todas las personas de la muestra que se identificaron como clase media alta estudian en universidades privadas, aunque no todas en los Andes. Aunque todas asistieron a colegios privados y bilingües, solo la mitad asistió a colegios internacionales. Presentan más variedad que el grupo anterior en términos residenciales, pues habitan barrios de estrato 4, 5 y 6. La mayoría son ingenieros, aunque una estudia química y otra sociología. Dentro de la variación de sus narrativas es representativo el discurso de una estudiante de ingeniería química:

A mis papás no es que les sobre el dinero, pero no siento que en algún momento hayamos pasado por una necesidad económica. Nunca me dijeron “deja tus clases de baile porque de pronto este mes no nos alcanza el dinero”, pero tampoco vamos a derrochar la plata. (...) Sí hay la capacidad de darse gustos de vez en cuando, como que de pronto uno no piensa tanto.

Vemos que estas personas se sitúan primero frente a los que consideran más privilegiados, pues insisten en no tener “de sobra”. Inmediatamente después se posicionan frente a aquellos en una posición económica más precaria al reconocer que nada les ha faltado. Las narrativas de estos entrevistados contrastaban ambas posiciones, al insistir en sus recursos y carencias. Esta clase doblemente intermedia – ni media ni alta – se distingue en su discurso de ambos

grupos. Dada su cercanía relativa a ambas clases, los límites simbólicos que establecen son más concretos que los de la clase alta. Ya no hablan en términos abstractos del contexto del país, sino de las actividades cotidianas que pueden o no permitirse, ya que, dado que se encuentran en su entorno inmediato, conocen mejor aquello a lo que se oponen para definirse.

En el grupo más variado por autoidentificación de clase se encuentran las personas que se consideran de clase media. Aquí encontramos barrios populares y exclusivos, estratos 3, 4 y 5, exalumnos de colegios bilingües internacionales y de colegios públicos. Entre estos sujetos hay estudiantes de las tres universidades presentes en la muestra, dos de los cuales estudian en universidad pública. Sus carreras abarcan ingenierías, humanidades y ciencias exactas. Sus narrativas para explicar su clase son igualmente variadas. Veremos el ejemplo de dos individuos con experiencias límites entre los autoidentificados como clase media: un estudiante de derecho en una universidad privada, graduado de un colegio que ofrece título internacional, y un estudiante de ingeniería química en una universidad pública, graduado de un colegio parroquial en un pueblo antioqueño. Para el estudiante de derecho: “clase media es la persona que puede acceder a la gran mayoría de las mismas oportunidades que una persona de clase alta, sin poderse dar los lujos que una persona de clase alta sí”. Por otro lado, el estudiante de ingeniería química se identifica como clase media porque “no somos pobres (...) nunca me ha tocado decir ‘no vamos a comer porque no hay plata, ¿qué vamos a hacer para conseguir el mercado?’. Nunca nos ha tocado pensar en esas cosas”. Al igual que quienes se identificaron como clase media alta, estos sujetos definen su clase distinguiéndose de aquella que sienten más inmediata. El estudiante de derecho, al estar desde su infancia y hasta el presente en contacto con personas de clase alta, afirma que la clase media es aquella que no puede darse los mismos lujos. El de ingeniería, que en un punto de su vida se vio obligado a asistir a un colegio público porque su familia no disponía de los recursos para financiar el colegio parroquial, dice que es clase media porque su familia no es pobre. Ninguno menciona el otro extremo: el futuro abogado está demasiado lejos de la clase baja para distinguirse de ella, al igual que para el ingeniero sería redundante explicar que no pertenece a la clase alta.

Finalmente, es interesante apreciar la oposición que se da entre clases como parte de su proceso de construcción, en este caso mediante la discriminación por clase. Si bien dos entrevistados se sintieron discriminados por ser de clase alta, nos centraremos en el relato del único entrevistado que se identificó como proletario. Este sujeto pasó por varios colegios

públicos y, antes de comenzar a estudiar matemáticas en la universidad pública en la que se encuentra actualmente, estudió un tiempo en la Universidad de los Andes. Él dice:

En los Andes yo sentía que era [discriminado] por ser pobre. Pero también viéndolo en retrospectiva, yo podría haber pasado por allá como gomelo si hubiera querido. Ni se hubieran dado cuenta y podría haberme integrado. Pero eso habría sido cambiar mi identidad.

Este fragmento es un gran ejemplo de varios aspectos de la clase como construcción subjetiva. En primer lugar, muestra las clases como identidades relacionales. En el relato el entrevistado se presenta como diferente de las otras personas de la universidad: él es *pobre* y las personas de la otra clase social son *gomelos*. Si no hubiera *gomelos*, sería difícil identificarse como *pobre*, pues es a partir de esta oposición que se construye su identidad de clase, y viceversa. En segundo lugar, la clase es, como ya dijimos y al igual que las otras categorías del privilegio negativo, performativa. Por eso el entrevistado afirma que habría sido posible para él hacerse pasar por *gomelo*. Al performar la clase alta, adoptando sus corporalidades, comportamientos y apariencias como se interpreta un papel, el entrevistado observa que se habría podido hacer parte de ellos, lo que le habría evitado una serie de barreras que, al performar la clase baja, debió enfrentar. Sin embargo, no lo hizo, y su razón nos lleva al punto final en nuestra discusión sobre la clase subjetiva: performar una clase diferente a su clase originaria habría sido cambiar su identidad. En efecto, al igual que el género, la raza y la orientación sexual, la clase es una categoría identitaria, con todo lo que conlleva y significa.

## CONCLUSIONES

Este capítulo buscó entender y caracterizar el privilegio de nuestra población de estudio. Para ello evaluamos el privilegio negativo – barreras estructurales que no deben ser enfrentadas por pertenecer a identidades dominantes – y positivo – capitales acumulados –. De este modo evidenciamos la facilidad que otorga el capital acumulado para obtener oportunidades y acceder a bienes que constituyen el privilegio, y cómo diferentes capitales dan acceso a bienes y oportunidades diferentes, al igual que la tendencia de estos capitales a reproducirse, en parte porque el capital heredado influye en el capital futuro al que se puede acceder y las formas posibles de hacerlo<sup>24</sup>. Vimos también la subrepresentación en nuestra población, por no decir ausencia (en el caso de las personas trans, indígenas y afro) de las poblaciones oprimidas por estas identidades, y la facilidad con que los sujetos de estudio que sí pertenecen a ellas pueden superarlas comparados con quienes son menos privilegiados.

Pero el privilegio global no es una suerte de lista de chequeo de capitales e identidades dominantes. Es necesario entender cómo estos elementos interactúan entre sí. Para ello retomo el término *interseccionalidad*, acuñado en 1989 por Kimberle Crenshaw. Retomo a continuación una analogía de la que se vale para explicar dicho concepto:

Considere una analogía a un cruce de tráfico, que viene y va en las cuatro direcciones. La discriminación, como el tráfico en la intersección, puede fluir en una dirección, y puede fluir en otra. Si un accidente sucede en un cruce, puede ser causado por autos viajando de cualquier número de direcciones y, a veces, de todas ellas. Similarmente, si una mujer negra resulta lastimada porque está en la intersección, su herida puede resultar por discriminación de raza o de género. (Crenshaw, 1989, p. 149)<sup>25</sup>

Como mujer negra, Crenshaw se enfoca en la intersección entre raza y género en este texto, pues la discriminación de que sufren las mujeres negras (o lesbianas de clase baja, o personas trans sin educación formal) no puede determinarse siempre a partir de una sola categoría. Puede ser difícil determinar cuál de las opresiones originó la barrera, puede que varias se conjuguen para generarla. Además, Crenshaw afirma que la experiencia interseccional vivida por la mujer negra será mayor que la suma de racismo y sexismo (1989, p.140).

Sin embargo, al igual que la interseccionalidad agrava ciertas discriminaciones, puede matizar otras. Hay casos en que ese matiz enmascara los privilegios que se tienen, lo que los hace aún más invisibles. Paula Rothenberg explica estas situaciones también desde la raza:

Para la gente que es puesta en desventaja por su posición de clase o género o ambos, las privaciones e inequidades impuestas por el privilegio de clase y/o género pueden ser tan agobiantes que enmascaran los privilegios que algunas de nosotras recibimos solo en virtud de ser blancas. (Rothenberg, 2002, p.3)<sup>26</sup>

En efecto, cuando se es oprimido por pertenecer a ciertas categorías identitarias, es más difícil reconocer el privilegio negativo (es decir, las barreras adicionales que no se deben enfrentar) que se tiene por otras identidades. Pero, con grandes privilegios negativos y positivos, las opresiones que se viven por pertenecer a ciertas identidades marginalizadas se ven reducidas.

Un último ejemplo de esto lo ofrece el estudiante de derecho que se identificó como clase alta, al hablar de sus experiencias de discriminación:

Yo sé que soy un poco morenito [pero] también hace parte de mi privilegio que nunca he sentido que me discriminen por mi piel. De pronto como soy morenito pero estoy bien vestido, o estoy en la universidad de los Andes, cosas así... De pronto si fuera menos privilegiado, de pronto sí lo habría sentido más.



Si bien el entrevistado está lejos de ser leído como una persona negra por su fenotipo, incluyendo su color de piel, su relato es un claro ejemplo de interseccionalidad. En efecto, el pertenecer a otras categorías dominantes, como su clase, le ofrece privilegios negativos que pueden matizar otras opresiones específicas. Otras barreras basadas en categorías identitarias, como transfobia y capacitismo, no fueron reportadas por los entrevistados (ni exploradas en la investigación), pero impactan igualmente el privilegio negativo. Tendrán que bastar, por su centralidad y representatividad, las cuatro que estudiamos para ejemplificar al resto.

Resaltemos cómo se intersecan el privilegio positivo y el negativo. Es difícil desligar ambas formas de privilegio, pues es más probable que alguien con género, raza, clase y orientación sexual dominantes tenga una gran acumulación de capitales. Además, dado que las identidades que componen el privilegio negativo son performativas, la acumulación de capitales reduce su impacto. Hemos visto que este es el caso de gran parte de los entrevistados y, a partir de los análisis que pudimos hacer del total de la población estudiada, es de esperar que también lo sea de una fracción significativa de la misma. De hecho, los casos con menor privilegio positivo y negativo están sobrerrepresentados en la muestra para permitir una mayor comparación, y no dan cuenta de la más elevada distribución de los mismos en nuestra población de estudio. Estos análisis dieron cuenta, además, de la manera desigual en que se distribuyen los bienes, oportunidades y barreras que exploramos. En efecto, la desigualdad es en cierta medida prerequisite del privilegio, pues si todo el mundo tiene lo mismo no se puede hablar de grupos desfavorecidos ni de ventajas. Así, entendemos que se es privilegiado, o no, en función del marco de referencia: el privilegio es relacional. Entonces, al comparar a nuestra población con el contexto colombiano pudimos identificarla globalmente como privilegiada, pero dependiendo de con quienes se comparase podría variar su privilegio o, al menos, la percepción del mismo. Como lo indica la estudiante de sociología citada a inicios del capítulo, ser privilegiada es “llevar la mitad de la carrera ganada”, sea por comenzar más adelante que otros competidores (privilegio positivo) o por tener que enfrentar menos obstáculos que ellos (privilegio negativo). Pero, ¿cuáles son las reglas de esta carrera? ¿Y cómo se relaciona nuestra población con ellas? En el segundo capítulo buscaremos responder estas preguntas, y otras planteadas en la introducción, al abordar la meritocracia.

## DISCURSO MERITOCRÁTICO LAS REGLAS DE LA CARRERA

*“[La beca] fue un premio porque había razones para que me la ganara (...). Es como una carrera: el mejor atleta, el que corre más rápido, el que se esfuerza más, se lo gana.”*

Estudiante de diseño gráfico

30

En la introducción di un breve recuento de las discusiones que me ocasionó el premio de los Mejores Bachilleres del País, y la decisión de aceptarlo o no, con mis padres. Estas discusiones, que a lo largo de mi educación universitaria – en especial con este escrito – han proliferado dentro y fuera de mi núcleo familiar, dan fe del discurso meritocrático que busco estudiar. Recordemos que a mis quejas al ser premiada por un éxito académico – que a mí parecer da cuenta de mis privilegios y la desigualdad estructural de la sociedad colombiana – mis padres oponían una cascada de *méritos* que, para ellos, había cosechado a través de años de estudio, esfuerzo y responsabilidad. Lo que para mí era fruto de las circunstancias favorecedoras en que crecí, para ellos era producto de mi propio hacer.

Lo que no narré en la introducción son las reacciones defensivas que suscitaron mis críticas al haber sido premiada entre mis padres, sus amigos e incluso algunos miembros de mi colegio. Parecía que, al enfatizar mis privilegios por encima de mis méritos, no solo hablaba de mí y de la beca: estaba deslegitimando a estas personas de formas que no entendía. Este capítulo busca, en un primer momento teórico, entender en qué consistiría la meritocracia como sistema, su relación con la desigualdad y, en especial, el papel que juega el discurso meritocrático. A partir de esto espero poder explicar no solo las reacciones de quienes me rodean frente a mi crítica al discurso meritocrático, sino las formas, más o menos meritocráticas, en que los entrevistados me explican (y se explican) su éxito académico. En otras palabras, este capítulo busca examinar las reglas de la carrera, y cómo son entendidas por quienes la ganaron.

### DE LA MERITOCRACIA Y LA TEORÍA: LAS REGLAS DE LA CARRERA

La palabra meritocracia fue acuñada en 1958 por el sociólogo Michael Young en su libro *The Rise of Meritocracy*, un estudio paródico que explica el sistema meritocrático ejercido en una imaginada distopía, mediante el cual las élites se mantienen en el poder. Sin embargo, pese a lo reciente del término, el ideal meritocrático se encuentra la burocracia weberiana como

medio para garantizar que ésta sea justa y no arbitraria, de modo que se oponga al nepotismo (Weber, 1922). Este sistema se asume hoy ampliamente alrededor del mundo, de forma tanto estatal como privada. Así, a nivel estatal se define la meritocracia como aquella “forma por la cual los funcionarios estatales son seleccionados para sus puestos de acuerdo con su capacidad y calidades académicas y profesionales” (Bohórquez, 2015, p. 468) y, en un amplio sentido, se refiere a un sistema en el cual los beneficios, reconocimientos, oportunidades y cargos se ofrecen en función de los méritos que tienen los individuos para acceder a los mismos. Dichos méritos pueden ser productos materiales y simbólicos de calidad, buenos resultados o éxitos alcanzados. La lógica es que el mérito refleja el esfuerzo y las capacidades de los individuos, de modo que éstos deben ser premiados (y explotados) por medio de las oportunidades y posiciones de poder con las que se premia a aquellos.

Los estudios sobre meritocracia en Colombia tienden a buscar demostrar que ésta no existe realmente en el país (Gómez, González, & Forero, 2007; Hernández & Dueñas, 2005), que es el sistema más deseable (González, 2010; Ome, 2012; Valenzuela, 1999), o bien una mezcla de ambos discursos. Entre las bondades de la meritocracia se menciona que fortalece la legitimidad institucional (Puentes, 2010), cambia la percepción negativa de los cargos administrativos como solo una posición cómoda (Sarria, 2002), y sobre todo se presenta como “garantía de los derechos de igualdad de oportunidades y de libre acceso de los ciudadanos” (Bohórquez, 2015, p.332). Es sobre este último punto, el que las oportunidades iniciales sean en efecto iguales, que se basan la mayoría de los estudios que niegan la existencia de la meritocracia en Colombia. Así, a partir de modelos y datos del acceso a cargos en administración pública en función de la educación, Hernández y Dueñas demuestran que no es solo el mérito (medido en puntajes en el ECAES) sino la herencia (haber asistido a universidades de élite) la que determina el acceso a los mismos (2005), lo que, de ser cierto, sería inconstitucional<sup>1</sup>. Del mismo modo, al demostrar que los mejores resultados en el ICFES se concentran entre colegios privados de clase alta, García, Espinosa, Jiménez y Parra ponen en duda que el acceso a la educación superior en Colombia sea garantizado por el mérito y no por el privilegio (2013), hipótesis que comparten Barragán y Patiño (2013). Estos textos parecen indicar que en Colombia el problema no son las consecuencias de la meritocracia, sino su ausencia. Sin embargo, como lo muestra el caso chileno, la meritocracia puede llegar a justificar, e incluso acentuar, la desigualdad.

Entre los países en los que se ha estudiado a fondo la meritocracia, pocos casos son tan cercanos al contexto colombiano como el chileno. En los últimos cuarenta años, fruto de la revolución neoliberal y democrática, el ideal meritocrático se ha reforzado en Chile (Araujo & Martuccelli, 2011, 2012, 2014), lo que ha dado lugar a varios estudios al respecto. Sin embargo, su visión de la meritocracia dista de ser tan positiva como la de los estudios colombianos. Por el contrario, indican que la meritocracia puede llevar a la desigualdad, ya que acentúa la diferencia en el acceso a oportunidades (Cociña, 2013; Cociña, Frei, & Larrañaga, 2017; Muñoz, 2008; Santa Cruz, 1999). En efecto, “un criterio basado en el mérito de las personas (...) puede producir o profundizar una situación de desigualdad, si el país no ha garantizado igualdad de oportunidades para todos (...) [en] su territorio” (Muñoz, 2008, p.253). Como vimos en el capítulo anterior, este es el caso de Colombia en varios ámbitos. Además, nuestro índice de Gini está entre los más altos del mundo (50,8) y el 20% de los colombianos poseen el 55,7% de los ingresos del país (Banco Mundial, 2017). Pero incluso de garantizarse, en un momento dado, iguales oportunidades iniciales para todas las personas, “un escenario perfectamente meritocrático hace inviable la provisión de condiciones de igualdad de oportunidad para las generaciones venideras” (Cociña, 2013, p.2), pues si un individuo es premiado por sus méritos (por ejemplo, al acceder a un cargo bien pago) sus hijos se verán privilegiados. Distribuir meritocráticamente los recursos en una generación justificaría desigualdad de la siguiente, por lo que no se sabría hasta qué punto esos méritos fueron la causa de la distribución desigual que los privilegió, y no su consecuencia.

Hay, además, un problema adicional en la meritocracia, y son sus implicaciones éticas, morales y normativas, al igual que los usos que se pueden hacer de las mismas: el discurso meritocrático. Se ha comprobado que el creer que se vive en una meritocracia, sin importar si esta creencia está o no fundamentada por la distribución de oportunidades y recursos, aumenta la tolerancia a la desigualdad (Castillo, Torres, Atria, & Maldonado, 2019; Cociña et al., 2017). Cuando se cree que se tiene más porque se es más talentoso o se ha trabajado más duro, resulta natural e incluso justo que otros tengan menos. Esto se debe a que “la meritocracia podría estar asociada a la estigmatización y demeritación de grupos vulnerables —si están arriba los que se esfuerzan, abajo quedarían solo los débiles y flojos—” (Cociña et al., 2017, p.241). Esta es una de las grandes injusticias del discurso meritocrático, pues la culpa recae justamente sobre las poblaciones más vulnerables y con menor acceso a recursos

y oportunidades, ya que se cree que esto se debe a su propia falta de esfuerzo. Si bien esta temática excede los límites de mi tesis, por lo que no profundizo en ella, es innegable la relación de este discurso con el discurso neoliberal<sup>2</sup>. Uno de los ejemplos más burdos de esto, y quizás por eso mismo de los más dicentes, es la expresión “son pobres porque quieren”. Sin embargo, el discurso meritocrático también se usa para justificar, e incluso naturalizar, la desigualdad, de formas más sutiles y socialmente aceptadas, como veremos a continuación.

Como vimos, el discurso meritocrático puede usarse perversamente para justificar la existencia y posición desfavorecida de los grupos más vulnerables, pero también puede justificar la existencia y posición privilegiada de las élites. En la distopía de Young, la creencia generalizada en que las élites “merecían por completo todo lo que tenía” haría que “se volvieran arrogantes” y que “buscaran su propio beneficio” (Young, 1994, p.89)<sup>3</sup>. La realidad no parece muy alejada de la ficción. Varios estudios, llevados a cabo en Europa y Norteamérica (Duru-Bellat & Tenret, 2012; Kunovich & Slomczynski, 2007; Lerner, 1980; Solt, Hu, Hudson, Song, & Yu, 2016) han confirmado que los individuos más privilegiados – aquellos en las posiciones más altas de la estructura social, o bien quienes pertenecen a los grupos dominantes – tienden a explicar su situación a partir de su mérito. Lo hacen al poner el énfasis en sus características personales, o en factores que dependen de sí mismos, tales como el esfuerzo que han invertido para llegar a tal posición o sus talentos y habilidades.

Un estudio de especial interés al respecto es la etnografía realizada por el sociólogo Shamus Khan en un internado de élite en Estados Unidos, en la que encontró una fuerte identificación de los estudiantes de clase alta con el discurso meritocrático (Khan, 2011; Khan & Jerolmack, 2013). En efecto, estos estudiantes, en su constante interacción con oportunidades y recursos excepcionales, daban a entender que se merecían todo ese privilegio por su “trabajo duro”: se lo habían ganado con su mérito. Como dice uno de ellos al graduarse, “no todo el mundo logra llegar hasta aquí. Es muy exigente (...) Pero ahora sé que puedo hacerlo, tengo lo que se necesita” (Khan, 2011, p.47)<sup>4</sup>. Este relato contrasta con los hallazgos de Khan: de hecho, una vez se ingresa al internado, todo el mundo se gradúa con honores de algún tipo, y este estudiante particular no se esforzaba mucho en sus clases, más bien lo contrario. Aun así, este discurso – y la educación efectivamente recibida en esa institución de élite – le auguran grandes éxitos económicos y sociales. A partir del discurso meritocrático las élites convencen (y se convencen a sí mismas) de que merecen estar en donde están.

Con este recorrido teórico es mucho más claro por qué mi búsqueda por evidenciar la desigualdad sistemática que me favoreció al posibilitar mi éxito académico, socavando el discurso meritocrático, suscitó tanta incomodidad en los círculos privilegiados en que tocaba el tema. No solo criticaba la desigualdad, sino el sistema que justifica que tanto yo como estas personas nos beneficiemos de ella sin que se perciba como injusto. La creencia es que tenemos derecho a nuestra posición privilegiada porque es un logro adquirido. En términos de varios entrevistados, es “un premio, no un regalo”. Insistir en el privilegio implica cambiar el foco de atención, deconstruir y desnaturalizar el discurso meritocrático de tal modo que no solo la desigualdad, sino los reconocimientos que son su causa y efecto, resultan intolerables. Sin embargo, el uso que hicieron mis entrevistados del discurso meritocrático no siempre fue el que esperaba a partir de la experiencia de Khan. A continuación, expondré los diferentes discursos con que me explicaron, y se explican, ser reconocidos como mejores bachilleres del país.

### **DEL DISCURSO MERITOCRÁTICO Y LAS ENTREVISTAS: POR QUÉ (DICEN QUE) GANARON LA CARRERA**

En la introducción anticipamos que, en medio de la pregunta por el privilegio y el discurso meritocrático, estaríamos explorando una cuestión de clase. Esto fue evidente en nuestro primer capítulo. La acumulación de capitales, que denominé privilegio positivo, lleva a la clase social “objetiva” a la que pertenecerían los individuos. Su clase social subjetiva también fue ampliamente tratada. Cabría esperar, entonces, que la pregunta sobre quién se apropia de este discurso, o cómo lo usan diferentes actores, se respondiera según la clase social a la que pertenecen. Sin embargo, este no fue el caso. Al distinguir a los entrevistados a partir de la clase con la que se identifican, la fuerza (e incluso presencia) del discurso meritocrático varía ampliamente. Hacer la distinción según su clase social objetiva en términos de estrato socioeconómico, colegios a los que asistieron, educación u ocupaciones de los padres no arroja mejores resultados. En definitiva, la clase social no es un buen predictor – ni siquiera indicador – del discurso meritocrático en las entrevistas de esta investigación. Sin embargo, hay una categoría que, aunque no es la clase social de los individuos, se relaciona con ésta: se trata de la trayectoria de movilidad social. Esta categoría sociológica, que explico a continuación, dio lugar a patrones mucho más claros, aunque no por ello menos complejos, en términos del uso que hacían los entrevistados del discurso meritocrático.

Desde la teoría tiene sentido pensar en la trayectoria de movilidad social de los entrevistados pues, según Angulo, Azevedo, Gaviria y Páez “la movilidad social se asocia con dos conceptos percibidos mayoritariamente como objetivos deseables: la igualdad de oportunidades (...) y la meritocracia” (Angulo, Azevedo, Gaviria, & Páez, p.3). Ésta suele ser medida en tres generaciones, sea tomando en cuenta a los padres y los hijos del sujeto en cuestión (Londoño, 2011), o bien a sus padres y abuelos (Viveros & Gil, 2010). Debido a la edad de los entrevistados, esta investigación se basa en sus padres y abuelos para determinar su trayectoria de movilidad social. Respecto a la mejor forma de medir la movilidad social no hay consenso, pero las categorías más comunes son años o niveles de educación formal, ingresos, clase social u ocupación (Torche, 2014). Sin embargo, si bien es posible determinar la trayectoria de movilidad social de los individuos frente a sus padres en términos de educación y ocupación esperada, no se dispone de los datos para hacer lo mismo con sus abuelos. Esto se debe a que, al no haber pensado la movilidad social entre tres generaciones como una variable al momento de hacer las entrevistas, no se les preguntó a los entrevistados por la educación u ocupación de sus abuelos. Por ello, la trayectoria de movilidad social de los entrevistados se basa en sus relatos: se entenderá que quienes insisten a lo largo de la entrevista en los esfuerzos que supuso para sus padres “salir adelante”, en su dificultad para acceder a la educación superior o en la diferencia socioeconómica que perciben entre sus padres y otros miembros de su familia serán hijos de padres móviles socialmente.

Para definir las trayectorias de movilidad social de los entrevistados me valgo de las categorías propuestas por Mara Viveros y Franklin Gil en su estudio de ascenso social de personas negras en Bogotá (2010). Así, clasifico las trayectorias de movilidad de mis entrevistados como reproductivas, o estables, si sus narrativas dan a entender que tanto sus padres como sus abuelos gozaron de condiciones socioeconómicas (que incluyen, pero no se limitan a, su acceso a la educación superior) similares a las suyas. Un ejemplo de esta trayectoria es la del estudiante de derecho que vimos en el capítulo anterior, quien afirma “el papá de mi papá (...) era un hombre bastante rico”. Cuando los entrevistados tengan niveles de estudios superiores y su profesión entre en una categoría ocupacional de mayor nivel<sup>5</sup> que la de sus padres. A esta categoría pertenecen únicamente tres entrevistados, aquellos cuyos padres no tienen título universitario. Finalmente, están las “trayectorias mixtas, es decir, que son reproductivas en relación con los padres, pero que son de ascenso si consideramos a los

padres en relación con los abuelos” (Viveros & Gil, 2010, p.107). Es posible identificar un ejemplo de trayectoria mixta en el discurso de una estudiante de química en una universidad privada, que relata: “admiro mucho a mi papá porque (...) él nació en un pueblito, entonces en los pueblos no tienen la mejor educación y menos hace cuarenta años (...) pero a pesar de eso, él ha logrado maestrías y muchas cosas laboralmente”. Este discurso, con variaciones en las dificultades enfrentadas por sus padres (ruralidad, acceso a la educación, etc.), es representativo de las narrativas de los diferentes entrevistados cuya trayectoria de movilidad social identifiqué como mixta.

A partir de las trayectorias de movilidad social y del uso del discurso meritocrático en las narrativas de los entrevistados, llegué a cuatro categorías<sup>6</sup>: trayectorias ascendentes o mixtas y un discurso meritocrático fuerte, marcado o moderado; trayectorias estables y un discurso meritocrático igualmente presente; trayectorias reproductivas con un discurso meritocrático débil o ausente; y trayectorias ascendentes o mixtas sin gran presencia del discurso meritocrático. Asocio las trayectorias mixtas y ascendentes como una sola categoría debido a los pocos entrevistados con el segundo tipo de trayectoria.

### ***Trayectoria reproductiva, presencia del discurso meritocrático***

Este es el caso que describe Khan en su libro, aquel que mejor representa la naturalización del privilegio. Unos jóvenes, miembros de la élite tradicional y estable, que afirman que todo lo que han conseguido ha sido a través del esfuerzo. Este fue el mito que me llevó en un primer momento a realizar esta investigación, el caso que tienden a presentar las críticas al discurso meritocrático en una búsqueda por deconstruirlo. En esta categoría se enmarcan únicamente personas que dijeron pertenecer a la clase alta, que estudiaron en colegios bilingües e internacionales y ahora lo hacen en la universidad más costosa del país, cuyos padres son, en su mayoría, administradores o ingenieros y que tienen posgrado. En sus relatos nunca aparece mención del hambre o de las dificultades para acceder a la educación, ni en su generación ni en las anteriores. Y, tanto al identificarse como clase alta como en otras partes de sus entrevistas, son conscientes de su privilegio.

Si bien ninguno de ellos presenta un discurso meritocrático fuerte, sí es moderado en dos de los casos, y llega a ser marcado en otro. La pregunta frente a por qué creen que recibieron el reconocimiento en cuestión tiende a suscitar este discurso, como lo muestra la respuesta de uno de ellos, estudiante de ingeniería química:



Más que todo como por la persistencia que tuve de hacer todas esas pruebas [de preicfes] y todo eso (...). Sí, yo digo que más que todo como por el esfuerzo, pero no tanto como porque estuviera súper preparado por el colegio o algo así.

Esta narrativa recuerda la del estudiante de Khan, que explica cómo no cualquiera logra lo que él logró con su trabajo duro, a pesar de que las observaciones y datos sugerían otra cosa. Sin duda nuestro entrevistado se esforzó, tanto en su colegio como en su preparación para la prueba. Sin embargo, al poder consagrar todo su esfuerzo al estudio (sin tener que ayudar a sostener a su familia, pensar cómo hacer para comer al día siguiente, u ocuparse de las labores domésticas, por citar algunos casos), el esfuerzo total de él requerido era mucho menor que el de muchos niños y jóvenes en Colombia. Es igualmente interesante que reste importancia al papel de su colegio en los resultados que obtuvo. Antes en la entrevista afirma que su colegio “para nada está orientado hacia pruebas del ICFES” y lo compara con otros que “desde que entran a bachillerato ya los empiezan a enfocar porque quieren tener el mejor escalafón del ICFES”. Sin embargo, su colegio está clasificado en el ranking Col-Sapiens en la categoría D3, lo que indica que por más de tres años seguidos ha obtenido la categoría A+ en el ICFES, y la calificación AAA+, el segundo puntaje más alto por acreditación de alta calidad (Sapiens Research, 2018). Esto reafirma lo expuesto en el capítulo anterior: el privilegio es relacional, y si bien hay colegios que insisten más en el ICFES que aquellos a los que asistieron estos entrevistados, siguen estando en una posición privilegiada frente al resto del país términos de sus resultados en la prueba.

El discurso meritocrático también tendía a surgir en las entrevistas al preguntar si el reconocimiento fue un premio o un regalo. A esto respondió el mismo estudiante:

La idea es que sea un premio, porque se supone que es por el esfuerzo, y se supone que la gente que está ahí es la gente que sacó el mejor puntaje, y si sacaron el mejor puntaje supongo que hubo algo de esfuerzo, algo de suerte.

Si bien el discurso meritocrático está presente en términos del esfuerzo y el estudio que llevan a estos resultados, el entrevistado menciona igualmente la suerte como un factor que entra en juego. Como vimos, la suerte no debería tener lugar en una verdadera meritocracia, pues ésta no es mérito del individuo y, por lo tanto, no debería ser premiada. Otro matiz común entre los discursos de este grupo de entrevistados fue el privilegio. Una estudiante de economía afirma que, a pesar de considerar que el reconocimiento fue un premio a su esfuerzo y dedicación, “siento que si muchas personas hubieran tenido la vida que yo he tenido (...) de

pronto a mucha gente le iría muchísimo mejor”. Todo esto da fe de un discurso meritocrático presente, pero no completamente apropiado. El reconocer privilegios y suerte, condiciones que no dependen del esfuerzo del individuo, pero que posibilitan y potencian los méritos alcanzables por éste, implica un diluirse del discurso meritocrático, ya no tan sólido como lo sugería nuestra revisión teórica.

En suma, esta categoría resultó no ser tan común ni ubicua como esperaba. De hecho, los tres entrevistados que la componen representan menos de la mitad de aquellos cuya trayectoria de movilidad social es reproductiva. Si aceptamos lo que propone Khan, estos resultados son imprevistos, por decir lo menos. Esto resulta aun más sorprendente si tenemos en cuenta que, como ya lo mencioné, ninguno de ellos presentó un discurso meritocrático tan fuerte como el de otros entrevistados de la muestra, e incluso reconocían en algunos puntos las facilidades que les dio su privilegio para alcanzar estos resultados. Debido a esta debilidad relativa del discurso meritocrático, así como que ellos representan una proporción mínima de la muestra (alrededor de una séptima parte) e incluso en su trayectoria de movilidad son minoría (tres de siete entrevistados de este tipo), su poder explicativo no es significativo para las dinámicas de discurso meritocrático y privilegio en nuestra muestra. Pero entonces, si la élite tradicional no se apropia de este discurso al punto que la literatura nos había llevado a pensarlo, ¿cómo se explica su éxito académico?

### ***Trayectoria reproductiva, discurso meritocrático ausente***

Cuatro de los sujetos cuya trayectoria de movilidad es reproductiva (es decir, más de la mitad) evidenciaron un discurso meritocrático débil, o incluso ausente, en sus entrevistas. Todos ellos se graduaron de colegios bilingües y estudian en universidades privadas, se identifican como clase media, media alta o alta, y son hijos de profesionales que cuentan, en su mayoría, con estudios de posgrado. Al igual que los entrevistados de la sección anterior, son hijos y nietos de personas que, al igual que ellos, vivieron condiciones socioeconómicas muy favorables desde su infancia. Sin embargo, contrario al caso anterior, estos individuos se muestran críticos frente al discurso meritocrático.

En dos de estas entrevistas encontramos un discurso meritocrático débil, en las dos restantes estuvo ausente. Algunos de ellos reconocen este discurso en la ceremonia de entrega de la beca, pero no lo apropian. Cuando mencionan el esfuerzo lo hacen de forma ambigua,

y no le atribuyen directamente el reconocimiento a su mérito, sino a intenciones del Estado.

Uno de ellos, estudiante de derecho, considera que recibió este reconocimiento porque:

Eso es política pública, evidentemente al Estado le interesa fomentar que la gente obtenga buenos resultados en su prueba estándar de acceso a la educación superior. Entonces yo creo que yo lo recibí en la medida en que es interés estatal que el estudiante promedio colombiano se esfuerce por tener buenos resultados y tienda a la excelencia en el ámbito académico. En respuesta a esa política estatal, a esa creencia, se genera el premio (...). Para el Estado es una forma de estimular el esfuerzo.

Si bien el discurso meritocrático está presente en este fragmento, es un discurso indirecto que se le atribuye al Estado. Y aunque el entrevistado lo presenta elocuentemente, no se apropia del mismo, pues en ningún momento afirma haber ganado dicho reconocimiento por su esfuerzo individual. Demuestra que entiende la lógica del Estado, y la reporta: los buenos resultados requieren esfuerzo, y es indistinguible la intención del gobierno de estimular el esfuerzo de la búsqueda del mismo por la excelencia académica. Sin embargo, el entrevistado se distancia sutilmente de esta lógica: la reporta, pero no la afirma. En ningún momento el entrevistado hace referencia a su propio mérito, ni se posiciona frente al discurso del Estado, sea para mostrar su acuerdo o para criticarlo. De hecho, duda de este discurso al afirmar que “el ICFES no es un indicador de esfuerzo”, pero no se sitúa ni se basa en su experiencia personal para hacer tal afirmación. En suma, aunque reconozca el discurso meritocrático, que presenta como proveniente del gobierno, así como algunas de sus debilidades, no se lo apropia ni se posiciona frente a éste.

Otro aspecto común en las narrativas de este grupo de entrevistados era su relación con el privilegio. Si bien los entrevistados del grupo anterior se mostraron conscientes de ser privilegiados, no atribuyeron sus logros a las ventajas que les ofrecían su familia o la situación en que nacieron, entre otros privilegios, incluso si en ocasiones las mencionaban, para matizar su discurso meritocrático. Por el contrario, entre las entrevistas de este grupo hay varias narrativas que presentan al privilegio, o incluso a la lógica de competencia que implica la meritocracia, como valores causales de más peso que su propio esfuerzo. Así, un estudiante de ingeniería mecánica menciona, al explicar por qué fue reconocido:

De pronto también logré destacar de esta manera porque ayudó todo este proceso por el que me llevaron mis padres de que la educación tenía que ser una parte importante de mi vida (...). Siento que (...) mi esfuerzo de preparación para el ICFES no fue significativo. O sea, el esfuerzo que yo le dediqué al ICFES no fue ninguno.

Al igual que la estudiante de economía del grupo anterior, este entrevistado reconoce el papel crucial que su privilegio jugó en permitirle acceder a este reconocimiento. Aquel se evidencia en su narrativa al hablar de la importancia de sus padres (que en su infancia lo llevaron a vivir a España mientras su padre realizaba una maestría), y en otros apartados menciona el rol de su colegio en dichos logros. Sin embargo, y contrario a la estudiante de economía, este sujeto no justifica el reconocimiento a partir de su esfuerzo. Por el contrario, reconoce que no se esforzó en el ICFES, la prueba que definió quienes ganarían la beca en cuestión, al igual que los otros entrevistados de esta categoría. Entonces, si no es a partir de sus méritos, ¿cómo justifican sus logros estos individuos? ¿Por qué merecen que el Estado financie su educación, si ni siquiera se esforzaron para el ICFES?

La respuesta no es clara. Por un lado, incluso si no se esforzaron para el ICFES, estos individuos parecen creer que sus resultados (tanto en la prueba como en sus colegios) son razón suficiente para haber sido galardonados. Por el otro, tampoco parecen hacer un gran esfuerzo por justificar la beca. No es claro que no crean merecerla, más bien no les parece necesario demostrar que tienen derecho a la misma. Esta actitud parece más similar a la de lo que Khan denomina las “viejas élites” que a la de los acaudalados estudiantes que observó en St. Paul’s, el internado de élite. Para los miembros de las nuevas élites que Khan estudió, asistir a St. Paul’s era, como ya se mencionó, resultado de su esfuerzo y trabajo duro. Para los pertenecientes a las viejas élites, St. Paul’s era un derecho de nacimiento (Khan, 2011). Esto coincide con el discurso del estudiante de ingeniería mecánica que acabamos de ver: da cuenta de una narrativa que tendrían las élites sobre sí mismas según la cual no requerirían de ningún esfuerzo para sobresalir. Es algo (construido como) natural para ellas.

Si bien las narrativas de los sujetos entrevistados que aparecen en esta sección no muestran un *entitlement* tan marcado como el de las viejas élites de Khan, creo que tienen un punto importante en común. Ni las viejas élites ni mis entrevistados de esta categoría sienten la necesidad de justificar, a partir de su esfuerzo, las oportunidades y reconocimientos que reciben. Cuando se les pregunta al respecto, dan un recuento consciente de las circunstancias y privilegios que los llevaron ahí. Para algunos, esto puede ser pedante, pues ni siquiera intentan fingir que trabajaron duro y son como cualquier otra persona, que lo que fue posible para ellos lo es también para cualquiera que se esfuerce como ellos (en parte porque ni siquiera se esfuerzan). También puede entenderse como transparente por la misma razón,

pues no se escudan en un discurso meritocrático que haga parecer justa la desigualdad que, para ellos, fue favorable. Aunque las narrativas de los sujetos no den una respuesta definitiva a por qué lo hacen (en lo personal me inclino por su consciencia del privilegio, mucho más evidente en un país tan desigual como este), lo que sí parece claro es que no necesitan fingir un esfuerzo mayor al que hicieron. Como las viejas élites, ya están “adentro”: con o sin beca estarían en universidades privadas de élite. Quizás por eso saben, incluso si es de modo inconsciente, que no le deben explicaciones ni justificaciones a nadie, ni siquiera a sí mismos.

### ***Trayectoria mixta o ascendente, discurso meritocrático presente***

La mayoría de la muestra se concentra en esta categoría, que es también la más variada. En ella encontramos a once jóvenes que se identifican como clase media, media alta e incluso baja. Todos quienes estudiaron en colegios públicos, y todos los que estudian en universidad pública de nuestra muestra se encuentran en este grupo, al igual que los tres jóvenes que están experimentando una trayectoria ascendente frente a sus padres y abuelos. Sin embargo, siete de los entrevistados en esta categoría estudian en universidades privadas, y cuatro asistieron a colegios con la posibilidad de obtener un título de bachiller válido internacionalmente. Lo que todos estos entrevistados tan variados tienen en común en un primer momento es la trayectoria de movilidad social de sus familias. La mayoría de ellos ofrece, en algún punto de la entrevista, una narrativa similar a la de la estudiante de química que conocimos antes en el capítulo. Hablan de las dificultades de sus padres, y en ocasiones también las de sus abuelos, para salir adelante. Mencionan el gran esfuerzo que supuso para sus padres acceder tanto a la educación como a buenos trabajos, vivienda o condiciones de vida. Si bien algunos de sus padres ocupan hoy cargos bien pagos y cuentan con títulos de posgrado, e incluso la mayoría de ellos se considera privilegiada, hay una consciencia clara de que la posición social que ocupan hoy no es la misma en la que nacieron sus padres y abuelos.

Otro punto que tienen en común estas personas es su discurso meritocrático, que es incluso mucho más marcado que el de los individuos de la primera categoría. Al igual que ellos, la mayoría afirma que la beca fue “un premio, no un regalo”. También como ellos, la mayoría asoció el reconocimiento a su esfuerzo personal. El siguiente testimonio, tomado de la entrevista de un estudiante de ingeniería electrónica en una universidad privada, da fe de la vehemencia, sin rival entre los sujetos con trayectoria estable, con que miembros de esta categoría llegaban en ocasiones a defender el discurso meritocrático:

La razón (...) era reconocer el esfuerzo de haber llegado tan lejos, incentivarnos a seguir en el esfuerzo de crecer como personas y seguir estudiando para mejorar la calidad del país. Era para incentivar que los mejores, las mentes más brillantes del país, que luego van a ocupar cargos altos y tomar las decisiones de adónde va a ir el país, se quedaran.

Es sorprendente la frecuencia con que palabras como *esfuerzo* e *incentivar*, tan propias del discurso meritocrático, se repiten en un fragmento tan corto. No menos importante es la seguridad con que el estudiante bosqueja sus méritos y los futuros reconocimientos y oportunidades que éstos le traerán: nada menos que cargos de gran prestigio y el futuro del país están en sus manos, por ser uno de “los mejores” y de “las mentes más brillantes del país”. Este discurso se asemeja mucho más al que Khan encontró, una y otra vez, en St. Paul’s. Un recuento exhaustivo de los privilegios futuros a los que se espera acceder y los méritos, sean esfuerzo o capacidades excepcionales, por los que se merece recibirlos.

Sin embargo, el discurso meritocrático de estos individuos no se limitó al reconocimiento obtenido, la parte de la entrevista a la que parecía confinado en los casos anteriores. Para algunos de ellos su privilegio presente e incluso pasado, sin importar las variables magnitudes que alcanzara el mismo entre los miembros de esta categoría, había sido también resultado del mérito y el esfuerzo. Un ejemplo de esto es el siguiente diálogo con una estudiante de geología en una universidad pública:

*Y el privilegio en general ¿de dónde vendría?*

De tener una meta más amplia que solo acaudalar dinero, sino tener una visión más amplia del mundo.

*O sea, ¿el privilegio viene de la visión que uno tiene y de las decisiones que toma para llegar a ella?*

Sí, como hacer un plan de vida que vaya más allá de vivir para el día siguiente.

*¿Entonces el privilegio es como una mentalidad, de alguna manera?*

Sí, como tener un plan a largo plazo.<sup>7</sup>

Vemos que en este discurso, contrario a la respuesta más común entre los entrevistados, el privilegio es algo que depende de las acciones, decisiones y mentalidad del individuo. No es, como lo expresaba la estudiante de sociología a quien citamos a inicios del capítulo anterior (y muchos otros entrevistados), un acceso aventajado a ciertas oportunidades o recursos ligado a la situación, algo sobre lo que el individuo no tiene mucha agencia, sino que “simplemente pasa”. Ni siquiera es, como lo sugerían otros tantos, cuestión de suerte o de

dónde nació la persona – si en una familia, lugar o posición socioeconómica más o menos favorecida –. Para esta entrevistada el privilegio es algo que se alcanza y, por lo tanto, es en cierta manera cuestión de mérito. En palabras del estudiante de matemáticas que consideraba que el reconocimiento había sido un regalo que le dio al gobierno de turno: “siento que todo lo que he conseguido es por trabajar por ello”. Estas afirmaciones me evocan el “nada ha sido regalado” de mi papá, un discurso meritocrático que explica no solo el reconocimiento en cuestión, sino la vida en sus diversos contextos y situaciones.

Sin embargo, en medio de estas narrativas hay visos críticos. Un ejemplo de ello es el estudiante de matemáticas que conocimos en el capítulo anterior, que pasó por los Andes antes de estudiar en la universidad pública en la que se encuentra actualmente. Se trata de un entrevistado que se apropia del discurso meritocrático, pues desde el inicio de la entrevista me dice: “siento que todo lo que he conseguido es por trabajar por ello”. Aun así, cuando le pregunto si el reconocimiento fue un premio o un regalo, responde:

Yo siento que eso fue algo que yo le di al gobierno. Yo siento que en ese momento Santos tenía una agenda neoliberal de decir “bueno, vamos a hacer Colombia el país más educado de América Latina”. (...) Era un oligarca, y a los oligarcas les gusta hacer plata, y pa’ hacer plata el man quería poner al país a hacer plata, y pa’ hacer plata es la industria. Entonces quería fortalecer la educación pa’ fortalecer la industria pa’ fortalecer la economía del país.

Vemos, en la perspectiva crítica de este estudiante, una fuerte relación con el neoliberalismo, la cual nos remite a la teoría que vincula su discurso con el meritocrático. Como lo explica este joven, el afán de incentivar tanto esfuerzo como educación por parte del gobierno podría muy bien enmarcarse en una búsqueda de fortalecer la economía. Así, se estaría manejando el país como se manejaría una empresa. Se invierte (en educación) para aumentar los dividendos (la economía del país) y mejorar la producción. Como lo ve este entrevistado, se trata de utilizar a los mejores estudiantes, lo cual coincide con la lógica neoliberal del ‘capital humano’<sup>8</sup>. Sin embargo, y como discutimos en la teoría, el discurso neoliberal tiene otras consecuencias aún más perversas, como justificar la situación de los menos privilegiados.

En efecto, en este grupo evidencí (por fortuna como excepción) las perspectivas más cercanas a lo que sucede cuando la meritocracia no sólo justifica que los privilegiados tengan más, sino que los vulnerables tengan menos. Esta visión está implícita en el discurso de la estudiante de geología. Si el privilegio proviene de pensar “más allá de vivir para el día siguiente”, entonces es la mentalidad de algunas personas la que impide que lo tengan.

Llevado a su extremo, este discurso podría asemejarse a la idea de que “son pobres porque quieren”, o a la llamada “mentalidad de pobre” de quien vive al día, sin ahorrar para el futuro. Lo que estos discursos invisibilizan es que en muchas ocasiones “vivir apenas para el día siguiente” es la única posibilidad de las personas, pues su contexto y condiciones no les permiten dejar recursos de lado para el futuro. Es similar el discurso de una estudiante de microbiología en una universidad privada que, frente a otra categoría de la Noche de los Mejores en que se becaba a los estudiantes con muy buenos ICFES que no estuvieran entre los cincuenta mejores según sus condiciones socioeconómicas, afirma: “se vuelve injusto para aquellos que se esforzaron un poquito más, tal vez viviendo en unas condiciones no tan malas”. Esta afirmación implica que solo sería justo que las personas menos privilegiadas recibieran el premio si se hubieran esforzado más que las demás. El problema es que, si se mide el esfuerzo a partir de los resultados, muchos esfuerzos adicionales que están ligados a la condición socioeconómica quedan invisibilizados. A partir de los resultados, las personas con más privilegio tenderán presentarse como las que más se esfuerzan, lo que justificaría tanto su posición como la de personas más vulnerables que no alcancen los mismos logros, aunque el mismo resultado requiera más esfuerzo entre menos favorecido se sea.

Lo anterior no implica que los entrevistados de este grupo no sean conscientes de su privilegio, más heterogéneo entre ellos que en cualquier otra categoría. Lo que sí es cierto es que sus narrativas, incluso si reconocen el privilegio, dan mayor peso al esfuerzo y los logros que las de cualquier otro grupo de entrevistados para explicar su situación actual. Contrario a la élite tradicional, estos individuos se apropian del discurso meritocrático y a partir de él justifican no solo su reconocimiento – y a veces su privilegio – sino que implícitamente hacen lo mismo con la desigualdad en la que se enmarcan. Se podría aventurar que, entre estos estudiantes, el discurso meritocrático pasa a ser una ideología, cosa que no sucede con ningún otro grupo de entrevistados.

Lo anterior pone a los entrevistados con trayectoria mixta o ascendente y discurso meritocrático marcado en una posición teórica compleja y, por eso mismo, enriquecedora. Al reproducir el discurso descrito por Khan, Young y los demás autores europeos y norteamericanos, legitiman sus hallazgos. Pero, dado que no pertenecen a las élites tradicionales en las que ellos ubican a los principales usuarios del discurso meritocrático, y a quienes mayor interés tendrían en preservarlo, ponen dichas teorías a prueba. Esto es



particularmente cierto dado que usan y defienden este discurso con más vehemencia que cualquiera de las personas que, según estas teorías, esperábamos que lo hicieran. En las conclusiones de esta tesis aventuraré algunos posibles acercamientos e interpretaciones para intentar entender este fenómeno que complejiza la relación entre privilegio y discurso meritocrático que la literatura sugiere. Por lo pronto, abordo una última inquietud: los casos atípicos en que el discurso meritocrático no fue apropiado por miembros de la muestra con trayectorias de movilidad social mixtas.

### ***Trayectoria mixta, ausencia del discurso meritocrático***

Entre las catorce personas de la muestra que no tenemos una trayectoria de movilidad social estable – es decir, que no pertenecemos a la élite tradicional –, cerca de una quinta parte no evidenció un discurso meritocrático relevante. Somos personas que, a pesar de estudiar en colegios internacionales y universidades privadas, sabemos de las barreras que nuestros padres debieron superar para ser profesionales. Los dos entrevistados en cuestión se identifican como clase media o media alta y son, junto a mí, casos atípicos, poco representativos de la relación entre discurso meritocrático y trayectoria de movilidad social que las entrevistas parecen sugerir. Esto no resta interés o valor a sus narrativas, de modo que buscaremos entender su especificidad dentro del panorama de nuestra muestra.

Uno de estos casos es el de un estudiante de ingeniería mecánica. Al explicar por qué obtuvo este reconocimiento, su discurso no es del tipo meritocrático que evidencian otras entrevistas, es decir, basado en su esfuerzo y trabajo duro. Sin embargo, a pesar de no hablar de su esfuerzo, sí menciona sus capacidades. Cuando le pregunto por qué cree que obtuvo este reconocimiento, responde: “académicamente siempre me ha ido bien, creo que soy inteligente”. Si bien formalmente se aleja del discurso meritocrático tal y como lo hemos entendido – como énfasis en el esfuerzo –, este estudiante parece implicar que sus capacidades, en este caso su inteligencia, son mérito suficiente. A partir de Young, este discurso sería tan meritocrático como el del esfuerzo, pues a las élites de su distopía se las designaba como tales a partir de pruebas de IQ. Entonces, ser inteligente – y serlo desde las inteligencias específicas que este tipo de prueba estandarizada mide – sería un mérito comparable, e idealmente complementario, a esforzarse y trabajar duro. Desde esta acepción de la meritocracia, sería posible argumentar que este no es un caso tan atípico.

La otra entrevistada se aleja más de este discurso, pues su narrativa se centra en los distintos privilegios a los que accedió desde su infancia. A pesar de reconocer que para sus padres representó un esfuerzo llegar a ocupar las posiciones que hoy ocupa, esta estudiante insiste en que sus logros resultaron de sus favorables condiciones de vida. A continuación, transcribo un fragmento particularmente extenso en el que explica, con lujo de detalles, por qué cree que obtuvo este reconocimiento:

Toda mi historia de vida me lleva a ser una muy buena estudiante y que a en un examen estandarizado tenga buenos resultados. (...) Este afán y este gusto por aprender, creo que es algo adquirido, creo que es algo que aprendí de mis papás, de mis hermanos, de todo mi contexto. Eso afecta mucho la forma en la que aprendo y la forma en la que esto se demuestra en exámenes estandarizados, como el ICFES. (...) Pero no es sólo el afán por aprender sino también el contexto. Todo mi contexto favorece el hecho de que mi afán por aprender pueda ser satisfecho. Entonces el hecho de poder haber estudiado en un colegio de ese nivel, el que mis papás, tengan el mismo afán de aprender e intentaran inculcárnoslo a nosotros... Mi clase social obviamente afecta mucho porque me rodeo de gente que en general también busca aprender y mejorarse académica e intelectualmente. Pero también creo que tiene mucho que ver la forma en la que se evalúa, y que en cierta medida te preparan para esas evaluaciones: el que haya un preicfes, que te enseñen lo que está en un programa nacional, que el examen sea de cierta manera. Pero también afecta cómo se desarrolla un examen, que yo no tuviera que preocuparme por transporte y que hubiera estado muy relajada en ese momento porque para mí el examen (...) no era lo que iba a definir mi futuro, y si me iba mal igual lo podía repetir en seis meses, entonces como que no me preocupaba tanto.

Esta narrativa es muy similar a la de los miembros de la élite tradicional con un discurso meritocrático ausente que vimos antes, quizá incluso más desarrollada. Sin embargo, y a pesar de todo el privilegio que expresa en este relato, la trayectoria de su familia difiere radicalmente de la de ellos, por lo que resulta difícil creer que la misma explicación del derecho de nacimiento aplique para ella, pero no para otras personas con igual privilegio y trayectorias mixtas. Entonces, ¿por qué ese énfasis en el privilegio?

Como lo anticipa su relato, la respuesta está en el contexto. Esta es una estudiante de sociología, lo que necesariamente impacta en la visión que tiene de la sociedad, del mundo y de su funcionamiento. Del mismo modo que se evita invitar a estudiantes de economía a experimentos de elección racional porque su conocimiento del tema cambia los resultados, entrevistar a una futura socióloga implica aceptar la influencia que su formación académica

pueda tener en sus respuestas. Si a esto sumamos que la entrevistada en cuestión es mi hermana, que escuchó – y llegó a participar activamente de – las discusiones que narra en la introducción del capítulo, la contaminación es innegable (lo que no resta importancia a su agencia, pues ella se apropia del discurso de privilegio, como el mío, por encima del meritocrático, más común en su entorno y familia). El caso atípico restante, que soy yo misma, puede explicarse a partir de esta misma lógica.

## CONCLUSIONES

En este capítulo hemos profundizado en la meritocracia, su lógica e implicaciones, y más particularmente en el discurso meritocrático. Los incipientes estudios sobre meritocracia en Colombia coinciden con lo que buscaba mostrar el primer capítulo: dada la desigualdad de oportunidades en el país, parece imposible en el contexto actual hablar de una verdadera meritocracia en Colombia. Más allá de lo que pueda indicar esta investigación, la literatura existente ofrece muchos ejemplos de cómo el sistema meritocrático no ha sido cabalmente implantado en Colombia, por lo general a partir de una comprensión de la meritocracia íntimamente ligada al ideal de burocracia weberiano. Tanto el caso de Chile como el texto paradigmático de Young permiten explorar los peligros de la meritocracia y el discurso meritocrático. En la literatura europea y norteamericana, entre la que profundizamos especialmente en los estudios de Khan, encontramos una guía del uso de este discurso y las personas que podríamos esperar que se apropiaran del mismo. Sin embargo, nuestras observaciones no coincidieron con lo descrito por estas obras. Como ya anticipé, dejaré para las conclusiones de la tesis algunas posibles interpretaciones y acercamientos que, a mi parecer, podrían ayudar a entender estas diferencias frente a la teoría, al igual que algunos interrogantes que surgen de esta investigación y pueden ser de interés para el estudio de la meritocracia y las élites, especialmente en Colombia. Pero, antes de cerrar el capítulo y aventurarnos a estas explicaciones y dudas, profundizaré en cómo el discurso meritocrático de los entrevistados excede y complejiza la teoría de la que parto.

En primer lugar, es llamativo que ni la clase social subjetiva, ni el privilegio tal y como fue caracterizado en el primer capítulo, fueran predictores confiables de la presencia o ausencia del discurso meritocrático. Esto puede resultar sorprendente si tenemos en cuenta que el factor diferencial para Khan y Young era pertenecer a la élite – o, citando a este último, a los “ricos y poderosos” –, no el momento en que se entraba a la misma. Los términos de

*nueva élite* y *vieja élite* de Khan no hacen referencia a las generaciones pasadas desde que una familia ingresó a la élite, sino a las lógicas y estilos de *performar* ese ser élite que fueron adoptados por ella en diferentes momentos históricos<sup>9</sup>. De hecho, los ejemplos que ofrece Khan de estos diferentes *performances* de la élite entre los estudiantes de St. Paul's son todos estudiantes que vienen de familias con una larga tradición en las élites socioeconómicas de Estados Unidos, justamente para enfatizar que no se trata de ser más o menos 'de élite', sino de diferentes formas de entender su posición e incorporarla (es decir, de hacerla corpórea y corporal). Sin embargo, dado que la noción misma de élite lleva implícita la idea de dinastía, o al menos la herencia de todas las formas de privilegio a lo largo de generaciones, no resulta descabellado pensar en las trayectorias de movilidad social como categorías explicativas de la variación en el discurso meritocrático.

Más sorprendente resulta la tímida, y con frecuencia inexistente, apropiación del discurso meritocrático que presentaron las personas con trayectoria reproductiva, pues son las que más se acercan a la noción de élite tradicional. Desde la literatura norteamericana y europea ya discutida (Duru-Bellat & Tenret, 2012; Khan, 2011; Khan & Jerolmack, 2013; Kunovich & Slomczynski, 2007; Lerner, 1980; Solt et al., 2016; Young, 1961, 1994), lo esperado habría sido que estas personas profirieran con más fuerza este discurso. En efecto, dado que las personas más privilegiadas serían, en teoría, quienes más necesidad tienen de justificar su privilegio, son justamente ellos quienes, en principio, tendrían más interés en que se propagara. Las nociones que propone Khan de *vieja* y *nueva élite* permiten entender hasta cierto punto la variación que existe en el discurso meritocrático de los entrevistados que, desde este criterio, pertenecerían a la élite tradicional. Lo que no justifica es que sea menor que el de aquellos cuyas trayectorias son mixtas o ascendentes, es decir, que no provienen de la élite tradicional. El ahínco con que éstos últimos apropiaron dicho discurso en sus narrativas es uno de los principales interrogantes a la teoría, lo que hace esta investigación mucho más rica.

Finalmente, es en extremo interesante la presencia del privilegio en las entrevistas al mismo nivel que el discurso meritocrático y, en ocasiones, incluso más prominente. Su casi ubicuidad, y que el discurso meritocrático no la reduzca, rompe con las creencias con que abordé esta tesis en sus inicios. En efecto, mi primera intención con esta investigación (que la evidencia de las entrevistas pronto me llevó a cuestionar) era mostrar cómo el discurso

meritocrático justifica, naturaliza e invisibiliza el privilegio. La teoría, y especialmente la experiencia de Khan justificaba esta creencia, pues en St. Paul's aprendió que: “este marco meritocrático (...) era un mecanismo que hacía perder de vista a la mayoría de nosotros las perdurables formas de desigualdad (...) tan visibles a lo largo del colegio” (Khan, 2011, p. 107)<sup>10</sup>. Y muchas críticas sociales desde el activismo interseccional fortalecieron mi hipótesis. Para retomar la analogía a la carrera, si la posición de partida proporciona una ventaja injusta, pero sus reglas – quienes obtengan los mejores resultados ganan, pues estos resultados reflejan su mérito y esfuerzo – justifican que estos corredores sean los vencedores, ¿cuál sería el interés de los ganadores en llevar la atención al punto de partida y no al de llegada? Por todo esto la consciencia del privilegio que demostraron mis entrevistados es, más que una simple sorpresa, un interrogante de peso a estas teorías, y como tal tiene la virtud de hacer la investigación mucho más compleja, como veremos en las conclusiones.

## CONCLUSIONES

### ANÁLISIS DEPORTIVO

*“En esta celebración del talento, de la inteligencia, de la dedicación, de la disciplina (...) exaltamos a aquellos que han hecho del estudio un instrumento para elevar sus vidas y, sobre todo, las vidas de sus compatriotas. (...) Ustedes se ganaron nuestra confianza, se ganaron la confianza del país, y hoy van a ver retribuidos sus esfuerzos.”*

Expresidente Juan Manuel Santos, Noche de los Mejores, 2015

A lo largo de este escrito, y de la investigación que implicó realizarlo, me pregunté por la relación entre privilegio y discurso meritocrático. Lo que en un primer momento creí que sería una prueba de cómo el discurso meritocrático legitima y justifica el privilegio para naturalizarlo y, finalmente, hacerlo invisible, resultó ser mucho más complejo e intricado de lo que a primera vista sugería mi literatura inicial. Más que la confirmación de dicha hipótesis, este proceso me trajo sorpresas y preguntas que hicieron la investigación más rica, al llevarla en direcciones que exceden una tesis de pregrado. De esta exploración quedan algunas hipótesis, o intuiciones, que investigaciones futuras deberán profundizar. Más importante aún, estas indagaciones, ahora pendientes, tendrán la función de ahondar en el discurso meritocrático en Colombia, en diferentes contextos y diversos casos, a fin de distinguir los resultados de esta primera aproximación que derivaron del diseño metodológico de aquellos que nos están hablando de la realidad social y el momento histórico del país y sus habitantes. Ahora que la carrera está terminada, identificaré en este análisis deportivo las sorpresas e inquietudes o aproximaciones que surgieron de ella.

### SORPRESAS

#### *Corredores que no creen en las reglas de la carrera*

El segundo capítulo nos mostró inicialmente lo que cabría esperar de los entrevistados en términos de discurso meritocrático, a partir de la literatura y experiencias anteriores en otros países. Sin embargo, al comenzar con las entrevistas quedó claro que este discurso no estaba tan presente como se esperaba. De hecho, brilló por su ausencia o, al menos, por encontrarse matizado y moderado. En menos de la mitad de las entrevistas se encuentra un discurso meritocrático tan fuerte como el descrito por Khan (2011; Khan & Jerolmack, 2013), mientras que en un tercio de las narrativas está completamente ausente, o casi. Esto conlleva

un cambio en la comprensión misma del problema. Lo que en un primer momento era una investigación sobre discurso meritocrático pronto se transformó en un estudio de su ausencia. Esto la enriquece y complejiza, pues no solo excede la pregunta, sino la teoría inicial, que no logra dar cuenta a cabalidad del caso estudiado. En esta medida, podría constituir un aporte a la literatura sobre meritocracia, en particular en lo que refiere a su discurso y apropiación desde los gobernados (más que a su ejecución por los gobernantes). De ser posible identificar, al unir este caso a investigaciones futuras, las características que llevan a que el discurso meritocrático no sea plenamente apropiado por los individuos, se estará profundizando en un problema de interés para este campo.

También es de gran interés identificar cuáles son los discursos y las narrativas de las que se valen los sujetos para explicar e interpretar su éxito al margen del discurso meritocrático, o incluso en conjunto con éste. Un ejemplo particularmente interesante de esta confluencia del discurso meritocrático con otra narrativa, que podría llegar a ser antagónica a éste, se encuentra en la entrevista de la estudiante de microbiología que conocimos en el capítulo anterior. Ella explica:

Yo considero que esta beca específica, la de los cincuenta mejores, sí es un premio, no es un regalo. Porque así sea que la persona marcó la *c* en los números y sacó un buen puntaje, maravilloso. O sea, muy increíble que tú marcando al azar des lo que es. (...) ¡[Es] el premio a la vida! La mayoría de la vida está basada en azar y esfuerzo. Si tú tuviste el azar, muy bien. Si tú tuviste el esfuerzo y lo hiciste pues también es un premio.

Incluso si lo enmarca en un discurso meritocrático, esta joven da un peso importante a la suerte para alcanzar buenos resultados, lo que en principio parece contradecir el ideal mismo de la meritocracia. Recordemos que ésta parte de un principio de justicia según el cual se recibe lo que se merece, y la forma de merecer algo es a través del mérito: esfuerzo y talento. Entonces, y dado que la suerte no es fruto ni del trabajo duro ni de las propias capacidades, que se premiara la suerte al mismo nivel del esfuerzo sería injusto. En efecto, en varias ocasiones los entrevistados insistieron en que la beca era un premio justamente porque resultaba de su esfuerzo, reflejado en los resultados obtenidos en el ICFES, y no en el azar (el estudiante de ingeniería electrónica del capítulo pasado dijo: “prometo que yo no tiré ninguna respuesta al azar (...). Si lo hubiera hecho así de pronto sí habría sido un regalo, porque no habría hecho nada para obtenerlo más que haber respondido de buenas”). Sin embargo, para esta entrevistada la suerte ni siquiera complementa el esfuerzo, sino que puede

equipararse al mismo sin ningún inconveniente. Esto nos lleva a la siguiente sorpresa: la consciencia del privilegio, asociado a la suerte según la definición de varios entrevistados, incluso en las narrativas de aquellos cuyo discurso meritocrático estuvo entre los más fuertes.

### *Consciencia del punto de partida*

Si partimos de la hipótesis inicial que la literatura y el activismo sugerían, las narrativas de nuestros entrevistados habrían buscado justificar y legitimar su privilegio, al punto de naturalizarlo e invisibilizarlo. En algunos casos, el discurso meritocrático más fuerte, aquel apropiado por individuos con trayectorias familiares de movilidad social mixta o ascendente particularmente marcadas, sí fue usado para legitimar el privilegio. Es el caso de la estudiante de geología del capítulo anterior, que explicaba cómo el privilegio se alcanza por medio del esfuerzo, del trabajo duro y de la mentalidad correcta. Sin embargo, esta posición frente al privilegio no estuvo generalizada entre los entrevistados, siendo más una excepción llamativa que una característica de la muestra como un todo. La mayoría de los entrevistados, tal y como la estudiante de sociología que introdujo el primer capítulo, asociaron el privilegio a la suerte, al lugar y situación en que se nace. Es decir, el privilegio, al ser algo que depende de las circunstancias y no de algo que haga el individuo para alcanzarlo, no es meritocrático. Por el contrario, sería injustificable a partir de la meritocracia que por el simple hecho de nacer en una u otra situación se tengan mejores oportunidades. Así, es evidente que el discurso meritocrático de los entrevistados, cuando está presente, no justifica o legitima el privilegio más que en contados casos de marcado ascenso social en la trayectoria de movilidad familiar inmediata.

Respecto a la función de naturalizar e invisibilizar el privilegio que la literatura atribuye al discurso meritocrático, por el contrario, no se encontró resquicio en las entrevistas realizadas en el marco de esta investigación. Incluso los sujetos que explicaron su privilegio como el resultado del esfuerzo y el mérito, propio o de generaciones inmediatamente anteriores, se mostraron conscientes de su privilegio. Lo que es más, el discurso meritocrático – identificado a partir de narrativas sobre el esfuerzo y el talento que expresaban varios entrevistados al hablar de sus logros – estaba no solo acompañado de, sino mediado por, la consciencia del privilegio que se evidenció en las narrativas de los sujetos de estudio. En efecto, los ejemplos del trabajo duro y las capacidades propias e individuales que llevaron al reconocimiento en cuestión se encontraban en muchos discursos al mismo nivel que los



ejemplos de privilegio, como el colegio al que se asistió y la dedicación y apoyo de los padres a su formación integral (es decir, a su bienestar tanto personal como académico). Un ejemplo de esto es la respuesta que da un estudiante de ingeniería industrial de universidad privada a mi pregunta de por qué había recibido el reconocimiento que estudiamos:

Pudo ser mi preparación, pudo ser el ambiente en el que crecí, los profesores que tuve, el apoyo que tuve en el colegio también, un poco de suerte, un poco de que ese día estaba tranquilo y podía hacer lo que fuera. No sé, un poco de todo (...). [Pero] fue un premio, sí. Yo creo que también la beca, me la merezco, por así decirlo.

En esta narrativa encontramos elementos marcados del discurso meritocrático, como la referencia que hace el estudiante a su preparación y, sobre todo, entender la beca como un premio merecido. Aun así, este discurso meritocrático no naturaliza, y mucho menos invisibiliza, el privilegio. Por el contrario, elementos propios del mismo, como la familia y la educación, son enfatizados en la narrativa al mismo nivel que el esfuerzo. Tanto el privilegio, visible y en cierta medida injustificado – puesto que, en palabras del propio entrevistado, es *un poco de suerte* – como el trabajo duro se hacen presentes al mismo nivel para posibilitar los resultados que llevan a esta persona a afirmar que *se merece* la beca. De este modo, el discurso meritocrático no naturaliza ni invisibiliza el privilegio, por lo que no cumple la función que, basada en la literatura, le había asignado en un primer momento. De hecho, como lo expuse en el capítulo anterior, ni siquiera fueron las personas provenientes de élites tradicionales – aquellas que tendrían más interés en legitimar, naturalizar e invisibilizar su privilegio – las que se apropiaron en mayor medida de este discurso, sino aquellas con trayectorias de movilidad ascendente o mixta.

### *Los corredores y sus reglas*

La literatura y las críticas desde el activismo que informaron la etapa preliminar de esta investigación argüían que el discurso meritocrático está presente ante todo en las élites, pues son éstas quienes tienen mayor interés en justificar su privilegio desde una lógica meritocrática. Por ello resultó tan sorprendente que ninguno de los entrevistados que provenían de la élite, aquellos cuya trayectoria de movilidad social fue estable frente a sus padres y abuelos, expresara un discurso meritocrático fuerte, y que menos de la mitad tuviera uno marcado o moderado. En el capítulo anterior vimos que estos individuos tendían a insistir en su privilegio, en ocasiones al punto de dejar el discurso meritocrático – evidenciado al enfatizar sus esfuerzos y trabajo duro en las narrativas – completamente de lado. Esto

contradice la lógica de nuestra literatura inicial, pues son los individuos con la tradición de privilegio más extensa en nuestra muestra, de lo que se deduce que deberían tener el mayor interés en justificarlo y, de ser posible, invisibilizarlo. Sin embargo, las entrevistas sugieren lo contrario. Los entrevistados de esta categoría hablan consciente y cómodamente de su privilegio, pero no dan ningún indicio de considerar injusto su acceso favorecido al mismo, incluso cuando algunos de ellos expresan un claro conocimiento de la desigualdad del país. Por eso, me atrevería a sugerir que su privilegio está efectivamente naturalizado. Sin embargo, la naturalización del privilegio en estos casos no pasa por una justificación de éste (al menos no en las entrevistas) a través de discursos sobre el esfuerzo que supuso para sus antepasados acceder a él. Evidentemente, tampoco es invisibilizado, pues todos los entrevistados de élite son muy conscientes de su privilegio en las narrativas con que dan cuenta de sus logros académicos. Queda abierta a discusiones y estudios futuros cuáles son las reglas de la carrera para estas élites, pero su discurso no denota que sea la meritocracia.

Es igualmente sorprendente encontrar que éste no es el caso de las élites recientes o en potencia, es decir, de los entrevistados que provienen de familias con trayectorias de movilidad social ascendente o mixta. Si las élites tradicionales parecían debatirse en el espectro entre un discurso meritocrático ausente y uno marcado, el resto de las entrevistas da cuenta de un discurso meritocrático claro y presente (a excepción de la de mi hermana que, como discutimos en el capítulo anterior, está demasiado contaminada tanto por su entorno como por sus estudios como para ser legítimamente representativa). Estos individuos se valen del discurso meritocrático para justificar tanto sus logros como su privilegio. Sin embargo, este discurso tampoco invisibiliza el privilegio, pues los entrevistados son muy conscientes de él. De hecho, su insistencia en el esfuerzo y mérito de sus padres, abuelos o de ellos mismos para tener acceso a dichos privilegios parece denotar lo contrario a la naturalización de los mismos en los relatos de la élite tradicional. Los entrevistados con trayectorias estables se saben privilegiados, esto no es noticia para ellos y no necesitan ninguna justificación o explicación: simplemente es así. Ese mismo *entitlement* y comodidad no se encuentra en los demás entrevistados, quienes en su justificación meritocrática del privilegio (tanto el privilegio que les permitió acceder a esta beca como el privilegio de la beca en sí) demuestran que ese mismo privilegio que tanto justifican no está naturalizado. Esta no-naturalización del privilegio y uso del discurso meritocrático para justificarlo por parte de un grupo de

entrevistados, por encima de otros, será profundizado e interpretado a la luz de otras teorías más adelante. Por ahora, baste insistir en la sorpresa y aparente contradicción que esto supone. Por supuesto, quiénes se están valiendo del discurso meritocrático – y quiénes no – es inesperado, pues se aleja de la teoría. Pero el simple hecho de que el uso del discurso meritocrático, o las reglas de la carrera, varíen según la trayectoria de movilidad de las familias de los entrevistados, es en sí mismo una sorpresa.

### *Los corredores*

La última gran sorpresa de esta investigación se relaciona con la anterior, pues es su misma condición de posibilidad. Al partir de la premisa de que mi reconocimiento había sido posibilitado por las diferentes formas de privilegio que han marcado mi vida, presuponía que la población de mi investigación, los corredores y ganadores de esta carrera, provendrían de las élites del país. Como lo demostró mi investigación, incluso si fue tangencialmente, esto no es del todo cierto. Quedó documentada la presencia de estudiantes de colegios públicos o parroquiales, de aquellos que representaban la primera generación en su familia que asistió a la universidad y de otros que no venían de cunas adineradas entre los “Mejores Bachilleres del País”. Es importante recordar que estos casos están sobrerrepresentados en mi muestra, debido a que los busqué conscientemente para hacerla más diversa y poder observar una mayor variedad de discursos y privilegios. Sin embargo, y aunque estos casos sean más una excepción que la regla en el total de la población, su mera existencia es dicente. El que la población de esta investigación no estuviera compuesta en su totalidad, aunque sí mayoritariamente, por personas con grandes facilidades socioeconómicas fue una gran sorpresa. Indica que los mejores resultados del ICFES fueron alcanzados por personas en condiciones que, si bien son privilegiadas si se comparan con el resto del país, son bastante heterogéneas cuando se comparan entre sí.

Otra sorpresa que surgió de las entrevistas fue que, si bien la mayoría de los entrevistados había asistido a instituciones educativas de élite – tanto por sus elevados costos como por su calidad y competitividad en los rankings nacionales (Sapiens Research, 2018) –, la mayoría no provenía de la élite tradicional. Por el contrario, una importante porción de la muestra se compone de hijos de profesionales que gozan de una excelente situación socioeconómica, pero cuyos abuelos no vivieron en las mismas condiciones. Más que la élite tradicional que esperaba estudiar, aquella en la que el privilegio en todas sus formas se ha

heredado por tres o más generaciones, en mi muestra predominó lo que podría denominarse una “nueva élite”. Estos son los sujetos con trayectorias de movilidad social mixta, que desde su infancia vivieron el privilegio, pero cuyos padres no pueden decir lo mismo. Esto se explica parcialmente porque los colegios más costosos del país, aquellos a los que suele asistir la élite tradicional, son colegios internacionales cuyo principal enfoque es la excelencia en sistemas educativos europeos o norteamericanos, por lo que no dan un énfasis tan alto como otros colegios de élite a los resultados del ICFES (Las 2 orillas, 2014). Estos datos hacen eco a lo que decía el estudiante de ingeniería química, proveniente de la élite tradicional, que en el capítulo anterior mencionaba que su colegio no se enfocaba en que sus estudiantes tuvieran los mejores ICFES, contrario a otros colegios que conocía. La predominancia de nuevas élites entre los entrevistados, además de ser una sorpresa, fue un llamado de atención a mi metodología. Si mi propósito era estudiar las élites tradicionales del país, probablemente los resultados del ICFES no debieron haber sido el criterio para identificarlas. Sin embargo, como un estudio del privilegio y el discurso meritocrático, esta variedad en la población nutrió la investigación de formas que no esperaba, y que tienen el potencial de hacer que no solo el análisis de este caso, sino la literatura sobre meritocracia, sean más ricas por esta misma heterogeneidad. Sin embargo, no sobra insistir en que la muestra no es representativa de la población estudiada en lo que a esta variedad se refiere, ya que los entrevistados fueron contactados justamente en busca de una mayor diversidad que permitiera generar comparaciones y conclusiones más amplias y significativas.

## **INQUIETUDES Y POSIBLES APROXIMACIONES**

La sección anterior nos mostró algunas de las principales sorpresas que trajo esta investigación, y los capítulos previos presentaron un recuento de hallazgos e interrogantes. Algunos de estos interrogantes fueron resueltos en el cuerpo del escrito, pero otros – los más enriquecedores y complejos, a mi parecer – quedan aún sin resolver. A continuación, ofrezco dos posibles aproximaciones a las inquietudes resultantes de este trabajo. Ambas podrían ser explicaciones plausibles de los resultados inesperados que la literatura sobre meritocracia consultada no pudo elucidar satisfactoriamente. Antes que ser mutuamente excluyentes, la segunda puede estar supeditada a la primera, que se podría mantener sin depender de la segunda. Sin embargo, los datos obtenidos en esta investigación, por las especificidades propias del caso estudiado, no me permiten afirmar que una u otra sea cierta. Quedan

entonces como hipótesis posibles, que deberán ser examinadas a la luz de investigaciones futuras en casos y contextos más variados y apropiados para ponerlas a prueba. Una de ellas, *la pista*, es una aproximación a los resultados desde el contexto del país, su momento histórico y sus condiciones particulares que podrían explicar los resultados obtenidos. La segunda, *el recorrido*, se acerca a las inquietudes que la investigación generó desde lo que, por diseño, constituye un aspecto importante y no generalizable de nuestra población de estudio: el momento de nuestras vidas en el que fuimos galardonados, con las especificidades y limitaciones que podría representar para nuestra percepción del reconocimiento y nuestro uso del discurso meritocrático.

### *La pista*

Este estudio fue desarrollado en Colombia en un momento histórico particular. Se trata de un contexto de marcada desigualdad, con una política meritocrática y neoliberal incipiente, evidenciada por primera vez en la Constitución de 1991. Como vimos, los estudios que se desarrollan en Colombia buscan promover la meritocracia o demostrar que ésta no se ha logrado en el país. No contamos con estudios, como los que encontramos en Chile, Estados Unidos y Europa, sobre el discurso meritocrático propiamente dicho. Siendo así, resulta necesario comparar el contexto de estos países para entender, cuanto menos, hasta qué punto sería posible interpretar las diferencias que encontramos entre nuestros resultados y la literatura existente a partir de algunas especificidades del caso colombiano.

El primer aspecto que me gustaría discutir es la desigualdad. Por supuesto, ninguno de los países estudiados se caracteriza por una distribución igualitaria de los recursos. De hecho, sabemos que la desigualdad es, si no prerequisite, una consecuencia necesaria de la meritocracia, pues a diferentes méritos corresponden recompensas diferentes. Sin embargo, es posible que pasado un nivel de desigualdad (o de percepción de desigualdad) lo suficientemente alto, la creencia en la meritocracia se vea disminuida. Se sabe que lo contrario es cierto: en la medida en que la percepción de la meritocracia aumenta, se percibe una menor desigualdad (Castillo, Torres, Atria, & Maldonado, 2019), incluso si los niveles objetivos de desigualdad no cambian. Sin embargo, cuando la desigualdad objetiva es muy marcada y estable – es decir, cuando a altos niveles de desigualdad se suman bajos niveles de movilidad social –, es difícil reducir la percepción de desigualdad significativamente (Londoño, 2011). En lo que respecta a la desigualdad objetiva (en oposición a la percibida

por los colombianos), el índice de Gini es un buen indicador de cómo se comportan los países. Así, el índice de Gini de Chile (46,6) es menor que el de Colombia (50,8), lo que indica que, si bien ambos países son desiguales, hay más desigualdad en Colombia que en Chile (Banco Mundial, 2017). De ser una diferencia significativa, ésta podría disminuir la creencia en la meritocracia, pues la percepción de inmovilidad social y desigualdad que efectivamente existen en Colombia (Londoño, 2011) hacen que sea más difícil mantener un discurso meritocrático.

Ahora bien, no es solo la magnitud de la desigualdad la que influye en el discurso meritocrático, sino su estabilidad y la medida en la que ésta determina las oportunidades futuras de los individuos. En términos sociológicos, la cuestión no es tanto de desigualdad como de estratificación: una desigualdad estable, perdurable y heredada (Kerbo, 2000). Londoño (2011) demuestra que en Colombia se percibe una marcada estratificación social, lo que se evidencia en las bajas tasas de movilidad social. Esto podría explicar que el discurso meritocrático haya estado más ausente de lo esperado: cuando se percibe que la sociedad está estratificada y que la posición social y el acceso a oportunidades y recursos dependen más de las condiciones en que se nace que del esfuerzo individual, la creencia en la meritocracia se hace prácticamente insostenible. Inversamente, esto explicaría también por qué los entrevistados con una trayectoria de movilidad mixta tienen un discurso meritocrático más fuerte: al estar su historia de vida marcada por experiencias de ascenso social, estos individuos podrían percibir que la desigualdad no es tan estable, lo que justificaría su creencia en la meritocracia.

La estratificación social ofrece, además, una explicación alternativa a la presencia del discurso meritocrático en las narrativas de los galardonados con trayectorias mixtas y su relativa ausencia entre los provenientes de la élite tradicional. El sociólogo Gorän Therborn identifica en su libro *La desigualdad mata* varios mecanismos que generan y mantienen la estratificación social. Entre ellos destaco la *distanciación* – “un proceso sistémico (...) diseñado para producir triunfadores y fracasados” (Therborn, 2016, p.65) – y la *exclusión* – “cerrar, obstaculizar o acaparar oportunidades [mediante] (...) umbrales de entrada [y] acumulación de ventajas” (2016, p. 70). El primer capítulo, dedicado al privilegio, da cuenta de algunas formas en que estos dos mecanismos moldean el contexto colombiano y favorecieron a nuestra población. Además, en sociedades con una larga tradición de

estratificación social, estos mecanismos se invisibilizan a tal punto que su resultado – tanto la desigualdad como la población puntual a la que favorece – se presenta como natural. Así las cosas, ese privilegio es más difícil de justificar para los “recién llegados” que para los que han estado tradicionalmente favorecidos por él. Como vimos en el segundo capítulo, esta puede ser la razón por la que los entrevistados provenientes de élites tradicionales no sintieron que debían justificar el reconocimiento obtenido desde la meritocracia, pues se lo entiende como su “derecho de nacimiento”. De modo converso, esto explica también que los entrevistados que tienen en su familia inmediata trayectorias de marcada movilidad ascendente hagan mayor uso del discurso meritocrático. Ya que, según los mecanismos antes mencionados, no es natural que tengan estos privilegios y logros, estos individuos se sienten obligados a justificar su acceso a los mismos. La incipiente meritocracia colombiana les permite, por lo menos a nivel discursivo, justificar su nueva posición (o, en algunos casos, la posición a la que aspiran) en la escala social.

Esta meritocracia incipiente es otra de las particularidades que presenta el caso de Colombia cuando se le compara con los países estudiados en la literatura sobre discurso meritocrático. En efecto, estos países tienen una tradición meritocrática marcada, aunque más o menos reciente. Por ejemplo, en Estados Unidos se trata de una tradición que antecede incluso el nacimiento del término *meritocracia*, pues el discurso del mérito y el *self-made man*<sup>1</sup> se encuentra en textos fundadores como *La democracia en América*, de Tocqueville (1831), y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Weber (1905). El caso de Chile, que fue discutido en el segundo capítulo, también da fe de una tradición meritocrática madura, incluso si es posterior a la estadounidense. Por el contrario, esta tradición es muy reciente en Colombia: podría pensarse que se inaugura apenas con la Constitución de 1991 y su imperativo de seleccionar a los servidores públicos en función del mérito. Además de ser muy nueva, la meritocracia colombiana no se ha terminado de instaurar. En efecto, la investigación de François Serres para su tesis doctoral sobre “las élites de la administración pública en Colombia” lo lleva a afirmar que, si bien en Colombia hay un germen de meritocracia, ésta convive con una tradición mucho más larga y marcada de ‘clientelismo’ (2004). Así, el que la gran mayoría de los cargos de administración pública hayan sido de libre nombramiento y remoción hasta hace relativamente poco se opone, para Serres, a la selección meritocrática (2007).

Dado lo incipiente de la meritocracia en el país, el discurso que se desprende de ella no está tan ampliamente difundido y legitimado como en estos tres países. Esto se puede evidenciar al comparar la importancia que otorgan los encuestados de la World Value Survey al trabajo duro como valor de crianza. Los datos muestran que en Colombia solo el 13,6% de los encuestados mencionó éste como un valor importante, lo que representa menos de la mitad de los chilenos (30,5%) y casi una quinta parte de los estadounidenses (66,4%) que la mencionaron (Inglehart et al., 2014). Esto se corresponde con la asociación que hace el discurso meritocrático entre mérito – con frecuencia asociado al esfuerzo y el trabajo – y éxito. El contexto del país, en términos de su tradición meritocrática, puede explicar que esta cualidad no sea de tanta importancia en Colombia como en Chile y Estados Unidos. Y el grado de esa misma prevalencia se corresponde también con la relativa ausencia del discurso meritocrático entre nuestros entrevistados.

Finalmente, y ligada al punto anterior, está la tradición neoliberal. En efecto, diversas teorías ligan la meritocracia al neoliberalismo. Recordemos que la fuerza del ideal meritocrático en Chile se atribuye a la revolución neoliberal (Araujo & Martuccelli, 2011, 2012, 2014). Aún más marcada es la tradición neoliberal en Estados Unidos, que Michel Foucault describe en *Nacimiento de la biopolítica* como “toda una manera de ser y pensar (...) un método de pensamiento, una grilla de análisis económico y sociológico” (2007, p.253-254). El neoliberalismo entendido no solo como política económica, sino como lente que permite interpretar la realidad, hace de cada individuo “un empresario de sí mismo”, muy acorde a la idea del *self-made man* ya mencionada. Entonces, si toda decisión que toma el individuo debe pasar por la lógica de la inversión, la ubicuidad del discurso neoliberal también fortalecerá el discurso meritocrático. Incluso uno de los entrevistados, mencionado en el capítulo anterior, asoció el discurso meritocrático del gobierno de ese entonces a una política que él considera ‘neoliberal’ por su enfoque en “poner a producir al país” (estudiante de matemáticas, universidad pública). Si bien este estudio no buscaba abarcar el neoliberalismo, es muy dicente la asociación formulada por este entrevistado. Quedará para futuras investigaciones la tarea de entender el papel que este sistema cumple dentro del discurso meritocrático en el contexto colombiano.



Todo corredor sabe que la pista determina en cierta medida lo que puede esperarse de una carrera. El contexto colombiano, entendido como la pista en la que corrieron los ‘vencedores’ que obtuvieron por medalla el reconocimiento en cuestión, no parece ser la excepción. Sin embargo, los datos obtenidos en esta investigación no bastan para sostener las afirmaciones que sugerimos en esta sección. Únicamente otros estudios sobre el discurso meritocrático, en contextos más variados y acumulados de tal forma que puedan representar a la sociedad colombiana más amplia, podrán confirmar o refutar y, sobre todo, enriquecer las intuiciones que aquí presento, fruto del caso específico que estudié. Pero, además de la pista en que se corre, el recorrido previo de los corredores es determinante para entender los resultados obtenidos. A continuación, evalúo sus particularidades en nuestra población.

### *El recorrido*

Además del contexto colombiano, generalizable en cierta medida a todos los habitantes del país, hay una especificidad propia de la población del estudio que podría estar determinando o, cuanto menos, favoreciendo la ausencia del discurso meritocrático que las entrevistas evidenciaron. Esta especificidad es la edad y, sobre todo, el momento de la vida en que nos encontrábamos los galardonados en el momento de la ceremonia y, posteriormente, de este estudio. Nuestra trayectoria, relativamente corta, puede haber matizado el discurso meritocrático que usábamos, especialmente sobre nuestro privilegio.

En primer lugar, y por definición, la población en cuestión apenas supera la edad de veinte años, y ni siquiera tiene aún un título de pregrado. Esta corta trayectoria limita los méritos que en efecto podíamos haber acumulado para el momento de la entrevista. Así, ninguno de nosotros contaba con un extenso arsenal de méritos para poder justificar mucho más que los excelentes resultados obtenidos en el ICFES y el haber sido aceptados en las universidades de élite<sup>2</sup> a las que asistimos. Sin embargo, estos méritos – el esfuerzo, la disciplina y la excelencia en los estudios, que fueron los más recurrentes – no bastan para justificar los grandes privilegios descritos en el primer capítulo, que fueron narrados conscientemente por los entrevistados. Quizá, al buscar evaluar el discurso meritocrático como mecanismo que justifica y naturaliza el privilegio, esta edad es todavía muy tierna para encontrarlo. Podría resultar mucho más productivo, para este respecto, entrevistar a personas con un recorrido más amplio. Un ejemplo podrían ser profesionales que se desempeñan en altos cargos públicos o privados, de modo que su hoja de vida y trayectoria representen más

méritos que les permitan justificar y naturalizar su privilegio actual, e incluso oscurecer o invisibilizar el privilegio que, desde su más tierna edad, pudo haber favorecido los éxitos que ahora cosechan. Como ya vimos, este no es el caso de nuestros jóvenes entrevistados, quienes están todavía muy cerca de los privilegios que no dependieron de ellos y lejos de una extensa trayectoria de méritos acumulados.

Justamente esta cercanía con el privilegio heredado es otro factor central. Todos en la muestra dependemos todavía de nuestros padres para sostenernos y, a excepción de algunos de quienes estudian fuera de sus ciudades de origen, todos vivimos en casa de nuestros cuidadores. Esto podría explicar que, cuando el privilegio se asociaba al mérito, los protagonistas de este discurso meritocrático no fueran nunca los entrevistados, sino sus padres o abuelos. De ahí se desprende, parcialmente, el distanciamiento que algunas narrativas presentaban frente a este discurso. Sí, los éxitos y logros, el privilegio, se consiguen con esfuerzo. Pero los entrevistados no se atribuyen este esfuerzo directamente, sino que lo perciben como algo externo, incluso si lo sienten cercano a sus experiencias de vida. Cabe insistir una vez más en el carácter heredado del privilegio que estos individuos identifican tener, y que caracterizamos en el primer capítulo. Es posible que, en la medida en la que los individuos accedan a privilegios que no estén tan evidentemente ligados a su familia y herencia, el discurso meritocrático cobre fuerza en sus narrativas y llegue incluso a cumplir la función legitimadora y naturalizadora del privilegio que le había otorgado a priori. Pero esta hipótesis deberá ser probada en investigaciones futuras, con poblaciones que tengan una trayectoria más apropiada para evaluarla.

Finalmente, cabe notar que el recorrido y las posibilidades que éste ofrece para el discurso meritocrático están mediados por el contexto del país. Como lo demostró Khan (2011), en Estados Unidos es común que estudiantes de bachillerato, mucho más jóvenes que nuestros entrevistados, se apropien de este discurso a niveles que difícilmente encontramos en nuestra muestra. Ya exploramos las condiciones nacionales que podrían explicar la prevalencia del discurso meritocrático en su caso, así como su relativa ausencia en esta investigación. Pero si futuros estudios lograran encontrar un marcado discurso meritocrático en la población profesional colombiana, quedaría probado el papel que en efecto jugó el momento de la vida de los entrevistados en que se recibió el reconocimiento – y en que se realizaron las entrevistas – en matizar su discurso meritocrático.

## RESUMEN Y FUTURAS CARRERAS

¿En qué consistió al fin y al cabo esta investigación? Más que la comprobación de una hipótesis, esta tesis resultó ser una colección de sorpresas y retos a la teoría, y a mis propios prejuicios como investigadora. Ante todo, rescato la consciencia que los entrevistados demostraron de su propio privilegio. Si bien la investigación no basta para determinar si esta consciencia proviene de un factor estructural – la marcada desigualdad del país o la educación recibida – o de una característica individual de los entrevistados, fue un sorprendente hallazgo. Incluso si en un principio me irritó académicamente, pues me exigía reformular mi hipótesis inicial para poder dar cuenta de los resultados, la consciencia del privilegio entre la muestra estudiada es sin duda una buena noticia. Reconocer el privilegio propio implica, en cierta medida, ser consciente de la desigualdad existente. Recordemos que el privilegio es relacional: solo puedo ser privilegiada si me comparo con otros que tienen menos que yo; la desigualdad es un requisito del privilegio. Y si bien ser consciente de la desigualdad no es garantía por sí misma de un apoyo a la redistribución ni de la búsqueda de una sociedad más igualitaria, lo que sí sabemos es que únicamente en la medida en la que se perciba que una sociedad es desigual se apoyarán iniciativas redistributivas para alcanzar una mayor igualdad (Castillo et al., 2019; Londoño, 2011). Si partimos de la premisa de que una sociedad más igualitaria es deseable, nos alegrará que estos individuos reconozcan su privilegio.

Ya desmontada mi premisa de que el discurso meritocrático cumplía la función de justificar, naturalizar e invisibilizar el privilegio, la siguiente gran sorpresa fue descubrir quiénes usaban realmente este discurso. Como lo he mencionado repetidas veces, varios autores insisten en el interés de las élites en el discurso meritocrático, pues les permite justificar su privilegio. El que hayan sido los entrevistados con trayectorias de movilidad mixta, y no aquellos provenientes de familias de élite con trayectorias reproductivas, los que se apropiaron del discurso meritocrático, es un hallazgo de suma importancia, que llevado a su extremo podría incluso legitimar la meritocracia. Si bien la investigación que realicé no basta para explicar este fenómeno, sí abre aproximaciones – como la influencia del contexto colombiano y la trayectoria individual – para entenderlo e interpretarlo. Ahora, dependerá de otros estudios ampliar el conocimiento del discurso meritocrático en Colombia para poder evaluar estas aproximaciones. Éstos, las carreras futuras que propongo, cerrarán este texto al tiempo que pretenden abrir un nuevo campo de estudio.

Un primer estudio que podría iluminar la relación entre trayectoria individual, contexto nacional y discurso meritocrático se enfocaría en los funcionarios designados por concurso público. Este fenómeno relativamente reciente (pues entra en práctica después del año 2000) abarca, por ejemplo, a magistrados y notarios. Esta investigación incluiría entrevistas similares a las realizadas en el marco de esta tesis, pero buscaría comparar las narrativas de los entrevistados con sus hojas de vida y, en la medida de lo posible, con los puntajes obtenidos por ellos en los concursos. Al tener una trayectoria más larga que la de los estudiantes que constituyeron la población de esta tesis, la ausencia o presencia del discurso meritocrático permitiría evaluar esta aproximación para entender los resultados de esta tesis. Además, el fenómeno que posibilitó en muchos casos el acceso a los cargos en cuestión – el nombramiento por concurso público – está marcado por el surgimiento de una meritocracia (en términos legales y discursivos, si no siempre materiales) en el país. Por eso, este caso podría iluminar significativamente el primer acercamiento propuesto, a saber, el contexto nacional. También cabría esperar, por esta misma razón, un discurso meritocrático mucho más presente y marcado en esta población que entre los estudiantes entrevistados en esta tesis.

Un estudio empírico comparativo del discurso meritocrático entre poblaciones análogas de diferentes países, entre ellos Colombia, permitiría también elucidar el impacto que tiene el contexto nacional en el discurso meritocrático. En efecto, si nuestra intuición es cierta y el que no exista en Colombia una tradición meritocrática establecida explica la ausencia relativa de este discurso en nuestros entrevistados, las narrativas de los colombianos tenderían a presentar un discurso meritocrático menor que el de sus contrapartes en otros países. En este caso optaría nuevamente por realizar entrevistas, de ser posible en un número lo suficientemente significativo para someterlas a un análisis mixto (cuantitativo y cualitativo). Esto permitiría hacer, además de un análisis como el que planteo en esta tesis, realizar regresiones que permitan probar cuantitativamente las variables que influyen en la presencia y fuerza del discurso meritocrático. Así, sería posible identificar otras variables, además del contexto del país y la trayectoria individual, que podrían ser significativas a la hora de explicar el discurso meritocrático y su uso.

¿Cuál es el interés de estos estudios potenciales, y por qué mencionarlos? Además de ampliar los conocimientos, por el momento reducidos, sobre el discurso meritocrático en Colombia, es a través de ellos que podremos determinar el alcance de los hallazgos de esta investigación. Por el momento, los resultados de esta investigación pueden generalizarse únicamente a la muestra o, a lo sumo, a la población del estudio. Sin embargo, en conjunto con otros estudios más amplios podrían iluminar áreas como las élites del país, la coyuntura de incipiente meritocracia, el neoliberalismo y, en suma, el contexto nacional desde su relación con el discurso meritocrático. Retomando este discurso, y dado que no permite llegar a grandes conclusiones, ¿cuál es el mérito de este estudio? Por un lado, son los hallazgos e inquietudes que abre para el estudio del discurso meritocrático en Colombia. Pero ante todo, esta tesis se hizo más rica y compleja debido a las sorpresas, a lo que esperaba encontrar y no apareció en las entrevistas, y a lo que éstas aportaron que escapaba a lo que la teoría me había llevado a esperar. Estas no correspondencias, en ocasiones incluso entre las narrativas de un mismo entrevistado, representaron un reto a la teoría y a mis propios prejuicios. Considero que en la apertura académica que me exigió encontrarlo y dar cuenta del mismo, cuestionarme y buscar interpretarlo fielmente, reside el mayor mérito de este estudio.

## ANEXOS

### NOTAS

#### Introducción

<sup>1</sup> El Programa del Diploma del Bachillerato Internacional es un certificado que garantiza el haber completado un currículo de orientación internacional que se aleja de los estándares y orientación de educación nacionales, mientras que promueve una *comprensión internacional* de una *comunidad internacionalmente móvil* (Hayden 2006, p. 29). En el caso de Colombia, todos los colegios que ofrecen dicho programa son colegios privados (International Baccalaureate Organization, 2019).

<sup>2</sup> Ser Pilo Paga fue una iniciativa del Gobierno Nacional durante la presidencia de Juan Manuel Santos, que inició el primer semestre del 2015 y cuya última ola está constituida por los becados – o ‘Pilos’, como son coloquialmente denominados – que iniciaron sus estudios universitarios el primer semestre del 2018. Ser Pilo Paga se define como “un programa del Gobierno Nacional que busca que los mejores estudiantes del país, con menores recursos económicos, accedan a Instituciones de Educación Superior acreditadas de alta calidad. (...) El Gobierno Nacional, a través de créditos 100% condonables, cubre el valor total de la matrícula y además brinda un apoyo de sostenimiento durante todo el periodo de estudios.” (Colombia Aprende, 2016).

<sup>3</sup> El término *entitlement* implica asumir que naturalmente “se tiene derecho” a algo, sean oportunidades, recursos o cualquier tipo de privilegio, como si fueran algo merecido. Ligado a ello hay una manera de moverse por el mundo como si éste le perteneciera, comúnmente descrita como *ease* o facilidad en inglés. A lo largo del texto, y a falta de una traducción satisfactoria al español, utilizaré este término en inglés.

<sup>4</sup> Traducción propia. En el texto original: “framing of (...) achievements as the result of hard work—whether conscious or not—works against our very common, age-old suspicion of entitlement and the nagging feeling that the rich succeed just because of who they are. [Elite] students seek to replace that frame with one that is based on merit.” (Khan, 2013, p. 13).

## Capítulo I

<sup>1</sup> Traducción propia. En el texto original: “Having privilege confers dominance and opportunities that are invisible and unearned and which are enjoyed at the expense of disadvantaged groups.” (Wiggan, 2011, p. xii).

<sup>2</sup> “Balance en un momento dado del tiempo de lo que ha sido adquirido en las luchas anteriores y de lo que podrá ser invertido en las luchas ulteriores, la *distribución* en el sentido de la estadística, pero también en el de la economía política, expresa *un estado* de la relación de fuerzas entre las clases o, con mayor precisión, de la lucha por la apropiación de los bienes escasos y por *el poder propiamente político sobre la distribución o la redistribución de los beneficios*.” (Bourdieu, 1988, p. 242).

<sup>3</sup> Traducción propia. En el texto original: “*economic capital* (...) is immediately and directly convertible into money and may be institutionalized in the form of property rights” (Bourdieu, 1986, p. 243).

<sup>4</sup> “Social capital is the aggregate of the actual or potential resources which are linked to possession of a durable network of more or less institutionalized relationships of mutual acquaintance and recognition – or in other words, to membership in a group – which provides each of its members with the backing of the collectively owned capital, a “credential” which entitles them to credit, in the various senses of the word.” (Bourdieu, 1986, pp. 248–249).

<sup>5</sup> “The volume of the social capital possessed by a given agent thus depends on the size of the network of connections he can effectively mobilize and on the volume of the capital (economic, cultural or symbolic) possessed in his own right by each of those to whom he is connected.” (Bourdieu, 1986, p. 249).

<sup>6</sup> “although it is relatively irreducible to the economic and cultural capital possessed by a given agent, or even by the whole set of agents to whom he is connected, social capital is never completely independent of it because the exchanges instituting mutual acknowledgement presuppose the reacknowledgement of a minimum of objective homogeneity, and because it exerts a multiplier effect on the capital possessed in its own right” (Bourdieu, 1986, p. 249).

<sup>7</sup> “the least inexact of all the measurements of cultural capital are those which take as their standard the length of acquisition – so long, of course, as this is not reduced to the length of schooling and allowance is made for early domestic education by giving it a positive value

(a gain in time, a head start) or a negative value (wasted time, and doubly so because more time must be spent correcting its effects), according to its distance from the demands of the scholastic market.” (Bourdieu, 1986, p. 244).

<sup>8</sup> “With the academic qualification, a certificate of cultural competence which confers on its holder a conventional, constant, legally guaranteed value with respect to culture, social alchemy produces a form of cultural capital which has a relative autonomy vis-à-vis its bearer and even vis-à-vis the cultural capital he effectively possesses at a given moment in time.” (Bourdieu, 1986, p. 248).

<sup>9</sup> “Con independencia de la inmanejabilidad biológica que tenga aparentemente el sexo, el género se construye culturalmente: por esa razón, el género no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan aparentemente rígido como el sexo.” (Butler, 2007, p. 54).

<sup>10</sup> El término cisgénero hace referencia a aquellos individuos cuyo género coincide con el sexo biológico que les fue asignado al nacer. Por ejemplo, un hombre con pene, rasgos sexuales secundarios considerados masculinos y cromosomas XY; o una mujer con vulva, rasgos sexuales secundarios considerados femeninos y cromosomas XX. Cisgénero se suele usar en oposición a transgénero, es decir, cuya identidad de género no es la misma que el sexo biológico asignado al nacer.

<sup>11</sup> “Class happens when some men, as a result of common experiences (inherited or shared), feel and articulate the identity of their interests as between themselves, and as against other men whose interests are different from (and often opposed to) theirs. The class experience is largely determined by the productive relations into which men are born – or enter involuntarily.” (Thompson, 1966, p. 9).

<sup>12</sup> En lo que sigue del capítulo el lector podrá notar que las estadísticas presentadas para la muestra del estudio no siempre darán un total de veinte entrevistados, o veintiún individuos si se incluye a la investigadora en la muestra. Esto se debe a que no todos los entrevistados ofrecieron siempre información suficiente para incluirlos en dichas estadísticas. Por ejemplo, en este caso una persona reportó que su abuela es dueña de la casa en que habita con sus padres, once reportamos vivir en nuestra propia casa y las nueve personas restantes no mencionaron a quién pertenecía la vivienda que habitaban, por lo que no se reportan.



<sup>13</sup> Hasta los años 2000 “la probabilidad de que una persona asista a un colegio privado cuando su ingreso familiar es menor a un salario mínimo es 34% inferior a la de una persona cuyo ingreso familiar es mayor a 15 salarios mínimos” (Núñez, Steiner, Cadena, & Pardo, 2002, p.22-23). Ahora bien, es cierto que los colegios privados varían en precio y calidad, tanto así que los únicos colegios privados cuya calidad (evaluada en los resultados obtenidos por sus estudiantes en las pruebas del ICFES) es peor a la de los colegios públicos son los que pueden costear las familias con ingresos menores a un salario mínimo. Según Núñez et al, “Para los estudiantes cuyos ingresos familiares son inferiores a un salario mínimo (8% de los que asisten a educación privada y 21% de los que asisten a pública) los resultados en el ICFES son 3 puntos más altos en la escuela pública que en la privada. Este resultado se revierte a partir de hogares con ingresos superiores a 1 salario mínimo, y las diferencias aumentan con el nivel de ingreso.” (2002, pp.27-28). Esta variación entre colegios contribuye a explicar la relación negativa creciente de la probabilidad de asistir a un colegio privado respecto a los ingresos más altos (Núñez et al., 2002, p. 22). En otras palabras, entre mayores son los ingresos familiares, más marcado es el aumento en la probabilidad de asistir a un colegio privado. Al explorar esta relación en términos de estrato socioeconómico las diferencias, además de ser contundentes, dan muestra de la segregación económica en la educación colombiana: “el 93% de los estudiantes de estrato 1 asisten a colegios públicos, mientras que el 98% de los estudiantes de estrato 6 asisten a colegios privados” (García et al., 2013, p. 57).

<sup>14</sup> Según esta encuesta, llevada a cabo por el DANE, solamente el 11,4% de la población económicamente activa a nivel nacional era profesional, de la cual el 8% correspondía a personas con educación universitaria completa y el 3,4% a aquellas con postgrado. En los años en que los miembros de nuestra población se graduaron (2015 y 2016), los profesionales representaban, respectivamente, el 10,3% y el 11% de la población económicamente activa de Colombia. En esos mismos años, solo el 3,1% y el 3,3% de esta población tenía títulos de postgrado (DANE, 2018, p. 3). Esto contrasta nuestra muestra, pues más de cuatro quintos conocíamos a una o más personas con estudios de postgrado en nuestro núcleo familiar, sin mencionar a las que seguramente estaban presentes en nuestros círculos sociales más amplios.

<sup>15</sup> En esta ola de la *World Values Survey* en Colombia la obediencia, propia del *crecimiento natural*, es reportada por el 72,1% de los miembros de la clase baja, el porcentaje más alto de todas las clases sociales, mientras que las clases alta y media-alta son las que menos la mencionan, en un 63% y 55,4%, respectivamente (Inglehart et al., 2014). La independencia, valor central del cultivo concertado, también se distribuye desigualmente entre los colombianos: el 51,9% de la clase alta y el 46% de la media alta la mencionan, mientras que solo el 30,3% de la clase baja lo hace (Inglehart et al., 2014). Al evaluar estos valores sin distinguir por clase social, el 66,4% de los colombianos reporta la obediencia como cualidad importante en un niño, mientras que solo el 36,4% menciona la independencia en promedio (Inglehart et al., 2014), lo que contrasta con que más de la mitad de la muestra insistió en la autonomía que le inculcaron sus padres desde la infancia.

<sup>16</sup> En Colombia hay 41 colegios que ofrecen el título ICE Cambridge (Cambridge Assessment International Education, 2019), 24 que pertenecen a AdvancED (AdvancED, 2019), 42 al IBO (International Baccalaureate Organization, 2019), 11 al COIS (Council of International Schools, 2019), 2 colegios italianos, 2 liceos franceses y 4 colegios alemanes. Sin embargo, varios colegios ofrecen más de uno de estos diplomas, por lo que el total de colegios que ofrecen dobles titulaciones es necesariamente menor a la suma de estos datos.

<sup>17</sup> En Colombia “solo el 19,5% de los jóvenes en edad de estudiar entran a la universidad y un poco más de la mitad abandonan sus estudios” (Barragán & Patiño, 2013, p. 56). Entre los determinantes del abandono o fracaso de los estudiantes universitarios, Barragán y Patiño mencionan experiencias, hábitos y habilidades escolares, es decir, su capital escolar (2013).

<sup>18</sup> En términos de barreras socioeconómicas, y según el censo del 2005, el 27,8% de la población colombiana tenía al menos una necesidad básica insatisfecha, mientras que el 40% de la población negra y el 60% de la indígena vivía las mismas condiciones (Urrea, 2010). Además, los datos de la Encuesta de Calidad de Vida del 2003 indican que la población debajo de la línea de indigencia (definida en esta encuesta en base al criterio del Banco Mundial: un dólar diario per cápita) en Colombia correspondía al 13,6% de la población urbana no étnica, mientras que el 16,7% de los afrocolombianos y el 22% de los indígenas y rom que vivían en cabeceras estaban en esa condición. La realidad rural es aún más cruda: el 39,2% de la población no étnica vive bajo la línea de indigencia, al igual que

el 46,9% de los afrocolombianos y el 44,2% de los indígenas y rom (Urrea, 2006). Respecto a las barreras educativas, se sabe que “la tasa de analfabetismo en el país para el año 2003 fue de 17,7% para indígenas y de 13% para negritudes, siendo el promedio nacional de 7,8% para la población de 15 años y más” (Caicedo & Castillo, 2008, p. 70), es decir que las tasas de analfabetismo de las poblaciones étnicas rondaban el doble del promedio nacional para la población mayor de quince años. Además, el 82,5% de la población indígena no alcanza la educación media, al igual que el 76,3% de los afrocolombianos en el 2003 (Caicedo & Castillo, 2008, p.70). Según el censo del 2005, “la población negra con estudios de 14 años está cercana al 10,0% y entre la indígena no supera el 5,0%” (Urrea, 2010, p.142), es decir, aquella con estudios posteriores a la educación secundaria. También deben tenerse en cuenta sus altas tasas de deserción por dificultades económicas, académicas y culturales (Caicedo & Castillo, 2008), y en particular por racismo.

<sup>19</sup> Mientras que el 24,2% de las mujeres colombianas tenía estudios superiores, solo el 20,5% de los hombres había estudiado después de completar su bachillerato (Ministerio de Salud & Profamilia, 2015, p.18).

<sup>20</sup> Según el ICFES la brecha en matemáticas a favor de los hombres tendió a aumentar entre 2005 y 2009 “pues de tamaños de efecto moderado pasa a importante” (2013, p.72), sin que las mujeres tengan una ventaja clara en lenguaje (2013, p.89).

<sup>21</sup> En el 2006 la colombiana promedio ganaba el 88% que el colombiano promedio a igual trabajo. Pero cuando se controla por nivel educativo, las mujeres con educación terciaria completa ganaban solo el 83% que los hombres con igual nivel educativo en el país (Ñopo, 2012, p.140).

<sup>22</sup> Según la ENDS del 2015, el 31,9% de las mujeres que ha estado en pareja reporta haber sufrido violencia física por parte de su pareja, frente al 22,4% de los hombres (Ministerio de Salud & Profamilia, 2015). Algunas manifestaciones de la misma, como patadas o intentos de estrangulación y quemaduras, son cuatro veces más probables si se es mujer que si se es hombre (2015, p.79). Las mujeres también sufren más por violencia económica: mientras que el 10,5% de ellas afirmó que su pareja había amenazado con quitarle el apoyo económico, este fue el caso de solo el 2% de los hombres. Aún más alarmante, al 14% de las mujeres les fue prohibido estudiar o trabajar por su pareja, en una proporción de más de nueve veces los hombres, con un 1,5% de los casos (2015, p.79). Finalmente, en lo

que refiere al acoso sexual, las mujeres reportan haber sido tocadas o manoseadas sin su consentimiento el doble que los hombres: cerca del 20% de ellas reporta haber sido acosada sexualmente, frente a menos del 10% de ellos (2015, p.83).

<sup>23</sup> En el 2017 fueron asesinadas 109 personas LGBT (Colombia Diversa & Caribe Afirmativo, 2018, p.17), y hay certeza de que el móvil fue el prejuicio contra su orientación sexual e identidad de género en más de un tercio de los casos, aunque podría serlo en casi cuatro de cinco casos (2018, p.22). Además, los índices de violencia policial contra esta población se mantienen (2018, p.41), mientras que las amenazas contra poblaciones sexualmente diversas aumentaron (2018, p.58) según los casos registrados. Sin embargo, es posible que haya más casos de violencia física contra esta población que los que indican los reportes.

<sup>24</sup> “A un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes – es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecido a un agente determinado – (...). De ello se desprende que la posición y la trayectoria individual no son estadísticamente independientes, no siendo igualmente probables todas las posiciones de llegada para todos los puntos de partida: esto implica que hay una correlación muy fuerte entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan o, lo que viene a ser lo mismo, las trayectorias que han llevado a ocuparlas, y que, en consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase” (Bourdieu, 1988, pp. 108–109).

<sup>25</sup> Traducción propia. En el texto original: “Consider an analogy to traffic in an intersection, coming and going in all four directions. Discrimination, like traffic through an intersection, may flow in one direction, and it may flow in another. If an accident happens in an intersection, it can be caused by cars traveling from any number of directions and, sometimes, from all of them. Similarly, if a Black woman is harmed because she is in the intersection, her injury could result from sex discrimination or race discrimination.” (Crenshaw, 1989, p. 149).

<sup>26</sup> Traducción propia. En el texto original: “For people whose class position or gender or both place them at a disadvantage, the deprivations and inequities imposed by class and/or male privilege may be so overwhelming that they mask the privileges some of us receive simply by virtue of being white.” (Rothenberg, 2002, p. 3).

## Capítulo II

<sup>1</sup> En efecto, el artículo 125 de la Constitución Política de Colombia de 1991 declara:

Los empleos en los órganos y entidades del Estado son de carrera. (...) Los funcionarios, cuyo sistema de nombramiento no haya sido determinado por la Constitución o la ley, serán nombrados por concurso público. El ingreso a los cargos de carrera y el ascenso en los mismos, se harán previo cumplimiento de los requisitos y condiciones que fije la ley para determinar los méritos y calidades de los aspirantes. El retiro se hará: por calificación no satisfactoria en el desempeño del empleo; por violación del régimen disciplinario y por las demás causales previstas en la Constitución o la ley.” (Const., 1991, art. 125).

<sup>2</sup> Al respecto puede ser de interés el *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)* de Michel Foucault. Ver en particular su clase del 14 de marzo de 1979 sobre el neoliberalismo estadounidense (Foucault, 2007, pp. 249-274).

<sup>3</sup> En el texto original: “If the rich and powerful were encouraged by the general culture to believe that they fully deserved all they had, how arrogant they could become, and, if they were convinced it was all for the common good, how ruthless in pursuing their own advantage.” (Young, 1994, p.89)

<sup>4</sup> En el texto original: “Stan explains his ascension in the Chapel through his own hard work and claims that such movement was the product of this work. He learns about himself in the process, his own capacities and abilities, and can now declare, “I’ve got what it takes.” He freely admits that “it wasn’t easy,” but these difficult experiences are essential to his sense of self. And these difficulties are what prove his hard work and merit. Stan’s natural movement up across his four years at St. Paul’s does not feel inevitable. It does not come out of entitlement—an ideal that would directly clash with American mores—but is reinterpreted through the classic American codes of merit and work.” (Khan, 2011, p. 47). Incluyo aquí, además de la cita, el párrafo que la pone en contexto. De este modo cobra aún más sentido.

<sup>5</sup> Cuando hablo de mayor o menor nivel, parto de los cinco niveles ocupacionales propuestos por Viveros y Gil en su investigación, como se muestra a continuación:

Para las ocupaciones construimos una escala de 0 a 4, en la que se tuvo en cuenta el grado de calificación, el tipo de labor realizada (p. ej., si es o no manual) y la proporción de ingresos. En el nivel 0 concentramos ocupaciones como: agricultor, vendedor ambulante, trabajador doméstico, etc.; en el nivel 1, como: obrero no calificado, albañil, carpintero, pequeño comerciante, artesano, etc.; en el nivel 2, como: obrero calificado, oficinista, secretaria, profesor de primaria o secundaria, modelo, becario, etc.; en el nivel 3, como: médico, abogado, profesional liberal, profesor universitario, profesional contratista, consultor independiente, etc., y en el nivel 4, como: alto administrativo, gerente, gran propietario, empresario, etc. (Viveros & Gil, 2010, p.106-107)

<sup>6</sup> Estas categorías pueden ser entendidas con mayor facilidad a partir de la siguiente tabla:

Trayectoria de movilidad social reproductiva, discurso meritocrático presente (relativamente poco común)	Trayectoria de movilidad social mixta o ascendente, discurso meritocrático presente (predominante)
Movilidad social reproductiva, discurso meritocrático ausente (relativamente común)	Trayectoria de movilidad social mixta o ascendente, discurso meritocrático ausente (casos atípicos, o <i>outliers</i> )

<sup>7</sup> En este fragmento incluyo mi voz excepcionalmente, pues ayuda a generar una unidad de sentido con las respuestas de la entrevistada. Las palabras de la entrevistadora se muestran en cursiva y con sangría adicional, para distinguirlas de lo que dice la entrevistada.

<sup>8</sup> Para una discusión sobre el capital humano en el discurso neoliberal, ver Foucault.

<sup>9</sup> Al respecto es particularmente interesante el primer capítulo, “The New Elite” (Khan, 2011, pp.18-40).

<sup>10</sup> En el texto original: “Carla saw the school’s use of this meritocratic frame for what it was: a mechanism that obscured for most of us the enduring forms of inequality that for her were so visible throughout school. Her observation allows us to read students like Chase Abbott in still a different way – that his entitled displays were not presumptuous but perhaps one of the most “honest” approaches to the school because the school is not, in reality, a meritocracy.” (Khan, 2011, p.107). En la cita, Carla es una estudiante negra (y su raza es un factor determinante en el argumento de Khan) especialmente observadora y crítica, que cuestiona la lógica del internado de élite, particularmente su discurso meritocrático. Chase Abbott, por su parte, es uno de los pocos estudiantes de St. Paul’s que todavía mantienen la lógica y performatividad de las *viejas élites*, que discutimos al hablar de los entrevistados cuya trayectoria era estable, pero que no hacían uso del discurso meritocrático.

## Conclusiones

<sup>1</sup> Literalmente “hombre hecho por sí mismo”, el discurso del *self-made man* coincide con el meritocrático en tanto que afirma que el hombre, sus logros y privilegios, son producto única y exclusivamente del trabajo que él mismo hace, independientemente de las circunstancias.

<sup>2</sup> Por ‘universidades de élite’ entiendo aquellas universidades con “una gran calidad cuyo envés es una muy fuerte exigencia para el ingreso, la permanencia y la culminación de los estudios” (Peña, 2011), lo que incluye a la universidad pública y a las dos privadas en las que estudian los entrevistados.

## BIBLIOGRAFÍA

- AdvancED. (2019). Find Accredited Institutions. Recuperado el 16 de febrero del 2019, de la página web de AdvancED: <http://www.advanc-ed.org/oasis2/u/par/search;jsessionid=472E9912D153DAB294A2BAC309A5EAC9>
- Angulo, R., Azevedo, J. P., Gaviria, A., & Páez, G. N. (2012). *Movilidad social en Colombia*.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2011). La inconsistencia posicional: Un nuevo concepto sobre la estratificación social. *Revista CEPAL*, 103(1), 65–78.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos Comunes. Retrato de La Sociedad Chilena y sus Individuos*. Santiago de Chile: LOM.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2014). Beyond Institutional Individualism: Agentic Individualism and the Individuation Process in Chilean Society. *Current Sociology*, 62(1), 24–40.
- Banco Mundial. (2017). World Development Indicators: Distribution of income or consumption. Recuperado el 3 de abril del 2019, de la página web de The World Bank: <http://wdi.worldbank.org/table/1.3>
- Barragán, D., & Patiño, L. (2013). Elementos para la comprensión del fenómeno de la deserción universitaria en Colombia. Más allá de las mediciones. *Cuadernos Latinoamericanos de Administración*, IX(16), 55–66.
- Bohórquez, M. Á. (2015). *La implementación de la meritocracia en Colombia (1938-2010)* (Universidad Complutense de Madrid).
- Bourdieu, P. (1986). The Forms of Capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education*.
- Bourdieu, P. (1988). *La Distinción : criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*.
- Caicedo, J. A., & Castillo, E. (2008). Indígenas y afrodescendientes en la universidad colombiana: nuevos sujetos, viejas estructuras. *Cuadernos Interculturales*, 6(10), 62–90.
- Cambridge Assessment International Education. (2019). Find a Cambridge school. Recuperado el 16 de febrero del 2019, de la página web de Cambridge Assessment International Education: <https://www.cambridgeinternational.org/why-choose-us/find-a-cambridge-school/>

- Castillo, J. C., Torres, A., Atria, J., & Maldonado, L. (2019). Meritocracia y desigualdad económica: Percepciones, preferencias e implicancias. *Revista Internacional de Sociología*, 77(1), 1–15.
- Cociña, M. (2013). *Cinco argumentos contra la meritocracia*.
- Cociña, M., Frei, R., & Larrañaga, O. (2017). *Desiguales: Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Colombia Diversa, & Caribe Afirmativo. (2018). *La discriminación, una guerra que no termina. Informe de derechos humanos de personas lesbianas, gays, bisexuales y trans. Colombia 2017*.
- Constitución Política de Colombia* [Const.] (1991). Artículo 125. Recuperado de <http://es.presidencia.gov.co/normativa/normativa/Constitucion-Politica-Colombia-1991.pdf>
- Council of International Schools. (2019). Membership Directory. Recuperado el 16 de febrero del 2019, de la página web de Council of International Schools website: <https://www.cois.org/membership-directory>
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 139, 139–167. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139–167.
- DANE. (2018). Boletín técnico-Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH)- Fuerza laboral y educación. En *Sistema Estadístico Nacional SEN*. Recuperado el 14 de febrero del 2019, de [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/especiales/educacion/Bol\\_edu\\_2017.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/especiales/educacion/Bol_edu_2017.pdf) [http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/mmm/bol\\_emm\\_ene18.pdf](http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/mmm/bol_emm_ene18.pdf)
- Duru-Bellat, M., & Tenret, E. (2012). Who's for Meritocracy? Individual and Contextual Variations in the Faith. *Comparative Education Review*, 56(2), 223–247.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*. Nueva York: Longman Inc.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



- García, M., Espinosa, J. R., Jiménez, F., & Parra, J. D. (2013). *Separados y desiguales. Educación y clases sociales en Colombia*. Bogotá, D.C.: Dejusticia.
- Gómez, V. M., González, L., & Forero, R. (2007). Formación de élites y educación superior: meritocracia y reclutamiento en el Departamento Nacional de Planeación. *Revista Colombiana de Sociología*, (28), 161–180.
- González, E. (2010). Situación del regimen de carrera administrativa en Colombia. *Prolegómenos*, 13(25), 147–163.
- Hayden, M. (2006). *Introduction to International Education*. London: Sage.
- Hernández, I., & Dueñas, M. (2005). Contribución al debate sobre la educación laboral en la administración pública. *Innovar*, 15(26), 13–32.
- ICFES. (2013). *Análisis de las diferencias de género en el desempeño de estudiantes colombianos en matemáticas y lenguaje*. Bogotá, D.C.: ICFES.
- Inglehart, R., Haerpfer, C., Moreno, A., Welzel, C., Kizilova, K., Diez-Medrano, J., ... Puranen, B. (2014). World Values Survey Database. Recuperado el 26 de marzo del 2019, de la página web de World Values Survey: Round Six – Country-Pooled: <http://www.worldvaluessurvey.org/WVSONline.jsp>
- International Baccalaureate Organization. (2019). Find an IB World School. Recuperado el 16 de febrero del 2019, de la página web de International Baccalaureate Organization website: <https://ibo.org/programmes/find-an-ib-school/?SearchFields.Region=&SearchFields.Country=CO&SearchFields.Keywords=&SearchFields.Language=&SearchFields.SchoolGender=>
- Kerbo, H. R. (2000). *Social stratification and inequality : class conflict in historical, comparative, and global perspective* (Cuarta edi). Boston: McGraw-Hill.
- Khan, S. R. (2011). *Privilege: the making of an adolescent elite at St. Paul's School*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Khan, S. R., & Jerolmack, C. (2013). Saying Meritocracy and Doing Privilege. *Sociological Quarterly*, 54(1), 9–19.
- Kunovich, S., & Slomczynski, K. M. (2007). Systems of Distribution and a Sense of Equity: A Multilevel Analysis of Meritocratic Attitudes in Post-Industrial Societies. *European Sociological Review*, 23(5), 649–663.

- Lamas, M. (2013). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría “género.” En M. Lamas (Ed.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 327–366). México: PUEG, UNAM.
- Las 2 orillas. (2014). Los colegios de la élite: los más caros pero no los mejores. Recuperado el 20 de abril de 2019, de la página web de Las 2 Orillas: <https://www.las2orillas.co/los-colegios-de-la-elite-los-mas-caros-pero-los-mejores/>
- Lerner, M. J. (1980). *The Belief in a Just World. A Fundamental Delusion*. Nueva York: Plenum Press.
- Londoño, J. (2011). Movilidad social, preferencias redistributivas y felicidad en Colombia. *Desarrollo y Sociedad*.
- Ministerio de Educación Nacional. (2015a). En la ‘ Noche de los Mejores ’, Ministerio de Educación Nacional reconoció a los mejores estudiantes e Instituciones de Educación Superior del país.
- Ministerio de Educación Nacional. (2015b) *Resolución 19805 del 2015: Por la cual se otorga la “Distinción Andrés Bello” a los bachilleres sobresalientes en el Examen de Estado de la Educación Media - ICFES SABER 11°, aplicado en el año 2015*. Diario Oficial de Colombia.
- Ministerio de Educación Nacional. (2015c) *Decreto 2029 del 2015: Por medio del cual se reglamenta la distinción Andrés Bello y los beneficios reconocidos por el artículo 99 de la Ley 115 de 1994, la Ley 1678 de 2013 y el artículo 61 de la Ley 1753 de 2015, y se modifica el Decreto 1075 de 2015*. Diario Oficial de Colombia.
- Ministerio de Educación Nacional. (2016). Ministerio de Educación premia a los mejores estudiantes del país.
- Ministerio de Educación Nacional. (2017). Establecimientos educativos de preescolar, básica y media. Recuperado el 26 de marzo del 2019, de la página web Portal de datos abiertos Colombia: <http://datosabiertoscolombia.cloudapp.net/frm/catalogo/frmCatalogo.aspx?dsId=64420>
- Ministerio de Salud, & Profamilia. (2015). Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2015 Resumen Ejecutivo.
- Muñoz, W. (2008). Cuando el mérito acentúa la desigualdad. *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública*, VI(9), 247–261.

- Núñez, J., Steiner, R., Cadena, X., & Pardo, R. (2002). ¿Cuáles colegios ofrecen mejor educación en Colombia? En *Archivos de Economía* (Vol. 193). Bogotá, D.C.
- Ñopo, H. (2012). *New Century, Old Disparities. Gender and Ethnic Earnings Gaps in Latin American and the Caribbean*. Washington DC: Inter-American Development Bank.
- Ome, A. (2012). Meritocracia en la carrera docente: Evidencia para Colombia. En ICFES (Ed.), *Estudios sobre calidad de la educación en Colombia* (pp. 138–163).
- Peña, N. (2011). Techos de cristal, invisibilidad y selección: profesionales ausentes, segunda parte. *Boletín Del Observatorio Sobre Desarrollo Humano*, (35), 2–6.
- Pineda, C. A. (2013). Etiología social del riesgo de suicidio en adolescentes y jóvenes lesbianas, gay y bisexuales: una revisión. *Psicogente*, 16(29), 218–234.
- Puentes, G. (2010). La carrera administrativa: ¿anhelo o realidad? *Desafíos*, (11), 59–106.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201–246). Buenos Aires: CLACSO.
- Rothenberg, P. (2002). *White Privilege: Essential Readings on the Other Side of Racism*. Nueva York: Worth Publishers.
- Santa Cruz, L. (1999). Reflexiones en torno a la desigualdad en Chile. *Perspectivas*, 2(especial), 495–517.
- Sapiens Research. (2018). Los mejores colegios de Colombia 2018-2019 | Ranking Col-Sapiens. Recuperado el 7 de abril del 2019, de la página web de Sapiens Research: <https://www.srg.com.co/colsapiens.php>
- Sarria, C. (2002). La profesionalización de la función pública en Colombia. En *La profesionalización de la Función Pública en Iberoamérica* (pp. 103–128).
- Serres, F. (2004). Les élites de l'administration publique en Colombie (Paris 3).
- Serres, F. (2007). Las élites de la administración pública en Colombia. En Y. Soler (Ed.), *Diálogos de la economía con otras ciencias* (pp. 211–224).
- Solt, F., Hu, Y., Hudson, K., Song, J., & Yu, D. “Erico.” (2016). Economic inequality and belief in meritocracy in the United States. *Research and Politics*, 3, 1–7.
- Telles, E. E. (2014). *Pigmentocracies : ethnicity, race, and color in Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Therborn, G. (2016). *La desigualdad mata*. Madrid: Alianza Editorial.

- Thompson, E. P. (1966). *The making of the English working class* (1st Vintag). Nueva York: Random House, Inc.
- Tocqueville, A. de. ([1831] 2010). *La democracia en América* (E. Nolla, Ed.). Madrid: Trotta.
- Torche, F. (2014). Movilidad Intergeneracional y Desigualdad: El Caso Latinoamericano. *Annual Review of Sociology*, 40(1), 619–642.
- Urrea, F. (2006). La población afrodescendiente en Colombia. En CEPAL (Ed.), *Pueblos indígenas y afrodecendientes de America Latina y el Caribe: información sociodemografica para políticas y programas* (pp. 219–245). Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Urrea, F. (2010). Dinámica de reestructuración productiva, cambios institucionales y políticos y procesos de desregulación de las relaciones asalariadas: el caso colombiano. En E. De la Garza & J. C. Neffa (Eds.), *Trabajo y modelos productivos en América Latina: Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela luego de las crisis del modo de desarrollo neoliberal*. Buenos Aires: CLACSO.
- Valenzuela, L. C. (1999). ¿Dónde están las élites? “El problema de Colombia.” *Estudios Gerenciales*, (72), 33–36.
- Viveros, M., & Gil, F. (2010). Género y generación en las experiencias de ascenso social de personas negras en Bogotá. *Maguaré*, (24), 99–130.
- Weber, M. ([1905] 2011). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2. ed.; F. Gil & L. Legaz, Eds.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. ([1922] 2005). *Economía y sociedad* (Segunda ed). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Wiggin, G. (2011). *Power, Privilege and Education: Pedagogy, Curriculum and Student Outcomes*. Nueva York: Nova Science Publishers, Inc.
- Young, M. (1961). *The Rise of the Meritocracy. 1870-2033. An Essay on Education and Equality*. Bristol: Penguin Books Ltd.
- Young, M. (1994). Meritocracy Revisited. *Society*, 31(6), 87–89.

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no fue una empresa individual, como lo presentaría el discurso neoliberal, ni fruto exclusivo de mi esfuerzo y mérito propio, como lo haría el meritocrático. Por el contrario, se trató de un proceso que se nutrió de la colectividad, y por lo tanto todos los involucrados merecen ser reconocidos. Agradezco a mis directores Juan Ricardo Aparicio y María José Álvarez por su apoyo, sus conocimientos y sobre todo la paciencia y generosidad con que me ofrecieron su tiempo y guía a lo largo del proceso que implicó escribir esta tesis. Su retroalimentación y altos estándares son invaluable. Agradezco también a Keyla Díaz, Selene Lozano y Yelena Montoya, las estudiantes de la maestría en Estudios Culturales que me acogieron en su coloquio de tesis junto a Juan Ricardo. Ellas no solo leyeron y comentaron este escrito, nutriéndolo y criticándolo desde una doble ética del cuidado y la excelencia, ayudándome a reconocer y cuestionar los prejuicios (académicos y de otra índole) con que inicié este proyecto. También se convirtieron en un apoyo dentro y fuera del proceso de escritura, en amigas y compañeras con quienes hicimos magia para transformar mis primeras intuiciones en resultados que me enorgullecen y agradezco profundamente. A mi lectora, Camila Aschner, gracias por haber visto este proyecto nacer en un curso de metodologías, y por la paciencia que implica leer sus más de sesenta páginas con el cuidado y atención con que siempre leyó cualquier entrega de cualquiera de sus estudiantes. A mis maestros, amigos y familia (especialmente a aquellas personas que llegaron a ser maestras, amigas y familia a la vez), quienes acompañaron cada paso no solo de este escrito, sino del camino que me llevó a él. Ustedes saben quiénes son, y es un verdadero privilegio habernos cruzado en el camino. Gracias infinitas.